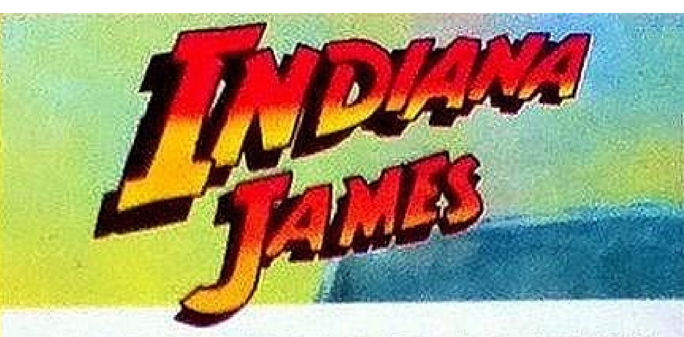




LA MALDICION DE LOS 1000 SIGLOS

Zenna Davis me hizo dos favores.

Dos más.

Fue ella quien, desde su elegante y enmoquetado despacho del *New York Times*, llamó a la comisaría de Cannes para hablar con el prefecto Parmentier.

Como el prefecto no conocía a Zenna, no podía imaginar lo que le esperaba. El torbellino cayó sobre él por sorpresa. Le enmudeció. Le asustó. Le arrasó.



Indiana James

La maldición de 1000 siglos

Bolsilibros - Indiana James - 3

ePub r1.0
LDS 11.04.18

Título original: *La maldición de 1000 siglos*
Indiana James, 1985
Cubierta: Almazán
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo primero

Zenna Davis me hizo dos favores.

Dos más.

Fue ella quien, desde su elegante y enmoquetado despacho del *New York Times*, llamó a la comisaría de Cannes para hablar con el prefecto Parmentier.

Como el prefecto no conocía a Zenna, no podía imaginar lo que le esperaba. El torbellino cayó sobre él por sorpresa. Le enmudeció. Le asustó. Le arrasó.

—¡Así que usted es el *voyou* que se empeña en empapelar a mi Indy!, ¿eh…? ¿Cómo? ¿Que está acusado de «alboroto público»? ¿De «imprudencia temeraria»? ¡Estupideces! ¿Llama usted «alboroto público» e «imprudencia temeraria» a ponerle en bandeja la detención de una importantísima banda de traficantes de heroína? ¡Bueno es saberlo! ¡Cómo no le suelte inmediatamente, mañana saldrá su foto en la primera página del *New York Times*, poli de pacotilla! ¡Ya estoy viendo los titulares! ¡Algo así como: «El policía más inepto desde el inspector Clouseau»! ¡O «el prefecto Pommedeterre…»! ¿Qué? ¿Cómo dice…? ¡Ah, el prefecto Gruyere…! ¿Que tampoco? ¡Y qué más da, señor mío! ¡Tenga el ridículo nombre que tenga, su foto será inconfundible! ¡Y le advierto que mi periódico es lo bastante influyente como para…! ¡Sí!, el *New York Times*, le suena, ¿no…? ¿Có… cómo que «un poco»? ¡Franchute de mierda! ¡Ha cavado su propia tumba!, ¿me oye? ¡Su propia…! ¡Ah!, ¿qué le va a soltar? Muy bien, muy bien… ¿Qué? ¿La chica? ¿Qué hay una chica con mi Indy? ¡Pues ensáñese con esa zorra, pero a él suéltele ahora mismo! ¡Inmediatamente! ¡*Quikcly*…!

Conociendo a Zenna como la conozco, lo relatado anteriormente

solo es una pálida muestra de lo que tuvo que aguantar el prefecto a lo largo de unos veinte minutos de ininterrumpido monólogo. Su rostro fue del blanco al púrpura, pasando por el verde, azul, amarillo y magenta.

El «alboroto» del que hablaban, constituía el epílogo de una historia que ya les he relatado[1], así que no hace falta extenderme en detalles, ya no importa. Lo que sí me importó fue la nota que me entregó poco después.

Era de Kobra. La «chica», según Parmentier. La «zorra», según Zenna. Una nota muy amable y delicada. Me decía que yo era atractivo, encantador, estupendo, maravilloso y no sé cuántas cosas más, pero que echaba de menor a Killer, su tigre amaestrado, muerto en el transcurso de nuestras peripecias, y que se largaba a la India en busca de otro «gatito» como aquél.

¡Ah, sí! Detalle importante: como estaba segura que nos volveríamos a ver, un día u otro, ya me devolvería el dinero que me había cogido «prestado» mientras estaba pensando en las musarañas.

No necesitaba comprobarlo. Pero lo hice. Me había dejado sin un miserable centavo.

Mi cara horrorizada debió de alegrar el día de Parmentier, porque sonrió amistosamente un segundo antes de ponerme de patitas en la calle.

—Le iba a soltar de todas maneras —confeso tratando de salvar su dignidad—. Tiene tres horas para abandonar Francia… ¡para siempre! Es tiempo más que suficiente para tomar un avión. Cualquier avión.

—Estupendo —repliqué—. Sólo falta que me preste diez mil francos para tomar ese avión, porque no tengo más que lo puesto y el pasaporte.

Mi declaración de bancarrota total debió conmoverle.

—En ese caso, le doy veinticuatro horas.

—¡Ah! Sabía que, en Cannes, es fácil gastar diez mil francos en 24 horas, pero no ganarlos…

—¿Quién habla de dinero? —apuntó el prefecto, ensanchando todavía más su sonrisa—. Si empieza a correr ahora, mismo, podrá llegar a Mónaco antes de que se cumpla el plazo.

Encantador.

Estaba en la Costa Azul, en plenas vacaciones. Las playas abarrotadas, el casino concurridísimo, las discotecas dando turnos a sus clientes, los paseos de la ciudad convertidos en el escenario de una permanente competición para el título de *Miss* Universo, la brisa del mar refrescando a los turistas en las terrazas del puerto…

… Y yo tenía que irme. Aunque no sabía cómo.

Llamé a Zenna —a cobro revertido— para agradecerle que hubiera intercedido por mí. Y, entonces, me hizo el segundo favor del día: me anunció la inminente llegada de un giro de 2000 dólares a mi nombre, como anticipo de un artículo para su periódico, donde desvelase los entresijos del frustrado golpe de Estado y del tráfico de heroína en que me había visto envuelto.

Le prometí que haría ese artículo en cuanto volviese a Nueva York. No esperó ni un segundo más para lanzar su golpe bajo.

—Me debes dos favores, *cheri*…

—Ya lo sé, encanto. ¿Crees que podría olvidarme?

—Con la mayor de las facilidades, Indy.

—Bueno, yo…

—El primero… Bueno, el primero me lo devolverás en cuanto pises Nueva York. La forma te la diré en su momento oportuno, ja, ja…

Me estremecí. No hacía falta que me la dijera. Era lo bastante mayorcito y mal pensado como para imaginármela.

—En cuanto al segundo… —prosiguió.

Este segundo parecía mucho menos inquietante que el primero. El artículo le corría prisa. No había problema. Veinticuatro horas era tiempo más que suficiente. Pero como quería tener la seguridad de que disponía de la tranquilidad y confort necesarios para que optase al premio Pulitzer, me dio la dirección de una amiga suya, Eileen Foxworth, que tenía una villa en Cannes donde podía acudir para ordenar mis neuronas.

—Muy amable, Zenna, pero…

—Calma, *cheri*. No he terminado —me cortó como era usual—. En primer lugar, no te hagas ilusiones. Eileen tiene unos sesenta años. Y, en secundo, creo que se ha metido en un feo asunto de sectas y pantalones. Ya que estás ahí, no te importará echarle una mano, ¿verdad?

—Zenna, me han dado un plazo de…

—¡Vaya, qué casualidad! En estos momentos, me piden que les confirme el, envío de tu dinero. ¿Qué les digo, *cheri*?

—Estoooo…

—Lo sabía. Mantenme informada, ¿quieres?

Reuní fuerzas y grité un estentóreo «¡Noooo!» por el auricular. El hecho de que Zenna ya hubiera colgado, no resta valor a mi meritoria acción de independencia.

Como había puesto las cosas en su lugar, me pasé por la oficina de Postes, Telegraphes et Telecomunications, cobré el giro telegráfico y, tras consultar en un plano la ubicación de la villa de Eileen Foxworth, decidí alquilar una motocicleta para ir hasta allí.

La villa estaba situada en las afueras de Cannes, en lo alto de una solitaria colina encarada al mar. Era un caserón grande, gris y mal conservado, con desconchados en las paredes y un jardín en el que las malas hierbas hacía mucho que celebraban su victoria sobre el resto de plantas y flores.

El lugar parecía abandonado. No veía la más mínima señal de vida en él. Postigos y cortinas amarillentas cegaban las ventanas, y un completo silencio reinaba en toda la propiedad.

Como Indiana James siempre cumple, toqué el timbre. El que ningún sonido respondiera en el interior de la casa cuando apreté el pulsador, reafirmó mi teoría de que allí no había nadie.

Silbando alegremente, di media vuelta, monté en mi moto alquilada…

… Y el filo acerado de un espeluznante alarido, rasgó el silencio.

En cuanto se descongeló la sangre de mis venas, aporreé la puerta con el puño. Tampoco obtuve respuesta. Pero, fuera quien fuese quien había gritado, no lo había hecho en el curso de un ensayo de ópera. Eso seguro.

Ya estaba dispuesto a machacarme el hombro contra la entrada, cuando oí un rumor precipitado de pasos en el interior.

El tipo que abrió debía tener unos veinticinco años. Vestía impecablemente de blanco: pantalones y camisa —con brocados— abierta en el cuello para que se viera la fina cadena de oro de 800 quilates que lo ceñía. Ricitos dorados y bronceado *ad hoc*. Tal vez no fuera el tipo más guapo del mundo, pero lo parecía y resultaba evidente que él, por lo menos, así lo creía. Se movía como si su cuerpo y su rostro hubieran merecido el honor de posar para Miguel

Ángel. El del David, ya saben.

—Esto es propiedad privada —soltó en tono de reproche—. No tiene derecho a molestar de esta manera.

—Lo siento, es que el timbre no funciona —respondí, haciendo ademán de entrar—. Tengo que hablar con la señora Foxworth…

El guaperas cerró la puerta unos milímetros.

—Mala suerte, amigo —replicó, con una sonrisa más falsa que el apretón de manos de un usurero—. *Madame* Foxworth ha ido a Canes y no volverá hasta la noche.

—Puedo esperar.

—Puede. ¿Ha traído tienda de compaña? —preguntó el Apolo, gastando ingeniosamente las pocas neuronas que le debía haber concedido la *Madame* Naturaleza.

—¿Sirve el Empire State? Lo llevo en el bolsillo, bien plegadito…

—Adiós.

Quise insistir, quise avanzar, quise poner el pie para impedir que cerrara la puerta, pero las palabras no surgieron de mi garganta y los músculos se negaron a obedecerme…

… Porque, un segundo antes de desaparecer de mi vista, había visto al guaperas de perfil.

Y, por detrás, sus ropas no eran blancas.

Eran rojas.

Las tenía completamente empapadas de sangre. Sangre fresca… Y goteaba.

La más elemental de las estrategias indicaba que debía hacerme el imbécil y no dar muestras de haberme enterado de nada. Eso fue lo que hice. Puse en marcha la moto con todo el estruendo posible, recorrí unos trescientos metros, la escondí entre unas matas y regresé furtivamente a la casa.

Todo estaba nuevamente en silencio.

Una oportuna cañería me permitió emular a nuestros antepasados, los simios, y alcanzar una de las ventanas de la primera planta. Tenía cortinas, pero no postigos.

Di unos suaves golpecitos al fino cristal, esperando que el tenue ruido quedase amortiguado por el grueso cortinaje… ¡Mierda, hizo un ruido de mil demonios!

Entré de un salto en lo que parecía un salón de billar, en el

mismo momento en que, al reclamo del infernal estrépito, aparecía el Apolo de la puerta.

Apretó los puños, flexionó sus bíceps, me enseñó los dientes —perfectos, por cierto— y se dispuso a machacarme alegremente el cráneo.

—¡Tranquilo, tranquilo…! —dije, mostrándole las palmas de las manos—. Sólo he venido a avisarte que tienes sangre en la espalda. ¿Problema de almorranas?

Por lo visto, el único que podía mostrarse ingenioso era él, porque agarró un taco de billar y se abalanzó sobre mí con intención de convertirme en una *brochette* de carne.

Apenas tuve tiempo de apartarme. Sentí el roce de la punta del taco contra mi chaleco de cremalleras y vi a *sir* Lancelot pasar por mi lado como una exhalación, llevado por el impulso de su fracasada embestida.

Cuando su cogote estuvo a mi altura, le agarré por él, haciendo que diera media vuelta y le arrastré hasta que sus riñones comprobaron lo dura que era la mesa de billar. Allí seguimos la fiesta. El intentaba arañarme y pegarme en los costados, mientras yo me aplicaba en seguir esculpiendo a puñetazos la insigne obra de Miguel Ángel.

Pronto quedó atrás el Renacimiento. Su cara pasó directamente al período impresionista, evolucionó hasta el cubista, y ya estaba acercándose al más enloquecido de los abstractos, cuando me di cuenta que se había desmayado. Dejé que soñase con los millones necesarios para que su jeta recuperase un ínfimo parecido con el original.

Me había pasado un poco.

Un nuevo elemento apareció en la puerta. Vestía una túnica blanca, rematada por un capuchón que para sí hubieran querido los del Ku-Kux-Klan. Y, para no ser menos que el guaperas, también estaba literalmente empapado en sangre.

El encapuchado aprovechó mi sorpresa para hacerse con otro de los tacos de billar. Agarrándolo por la punta, se acercó con la manifiesta intención de jugar al béisbol con mi cabeza.

Estos chicos estaban llenos de ideas originales.

Traté de mantenerle a raya, lanzándole una bola de billar al único punto de su anatomía donde era posible hacer carambola,

pero fallé.

Alzó los brazos y avanzó, preparando el golpe. Yo salté sobre la mesa de billar.

Lo que siguió, tuvo su lado cómico. El lanzaba mandobles como un poseso, intentando acertarme en las piernas. Yo saltaba sobre el tapete con el ímpetu de un bailarín ruso.

Fias, thumb. Fias, thumb. Fias, thumb.

Sólo faltaba la música de balalaika.

Aquello podía haber durado eternamente —suponiendo que mi resistencia fuera eterna—, pero al doceavo mandoble, por debajo de nosotros, se dejó oír un estertor agónico procedente de algún lugar de la casa.

El encapuchado se desconcertó y yo aproveché la oportunidad para demostrarle que mis conocimientos del folklore ruso eran más amplios de los exhibidos hasta ese momento. Extendí elegantemente la pierna y le rompí algunos dientes de su boca.

Lo que quedaba, era cuestión de rutina. Me lancé sobre él en perfecto *plongeon* y rodamos por el suelo con el taco de billar entre los dos. Cada cual golpeaba donde podía, usando manos, codos, pies, rodillas y cabeza como objetos contundentes.

Traté de moverle el capuchón para que quedara ciego, además de desdentado, pero sólo conseguí desgarrarlo.

Un fallo. El rostro que apareció era de los que pasan directamente al archivo de Futuras Pesadillas: ojos como brasas negras bajo cejas de hombre lobo, orejas de vampiro, boca de piraña rabiosa lanzando espumarajos sanguinolentos.

—La Maldición caerá sobre ti —farfulló a dos centímetros de mi cara, salpicándome con aquella mezcla de sangre y saliva—. ¡Los dioses te castigarán!

Presionó el taco contra mi cuello y empecé a notar la falta de aire. Aquel fulano quería ahorrarle trabajo a sus dioses, fueran cuales fuesen. La proximidad de la victoria le daba nuevas fuerzas: apoyó todo su peso en el taco, sentí que la sangre latía en mis sienes, pataleé impotente a punto de exhalar mi último suspiro…

… Y aproveché ese suspiro para lanzarle un escupitajo en su ojo izquierdo.

No es muy elegante, lo sé, pero no se lo esperaba. Se echó atrás con un bramido de asco y rabia. Flexioné las rodillas, golpeé con

todas mis —escasas— fuerzas y conseguí más de lo que había soñado: salió proyectado hacia atrás y se estrelló de espaldas contra la pared.

Quedó un instante de pie, me miró atónito con un ojo, lo cerró y resbaló mansamente hasta quedar sentado en el suelo.

Era el momento de investigar lo que diablos pasaba en aquella casa.

Salí del salón de billar, atravesé un pasillo sumido en la penumbra y bajé por unas escaleras hasta el salón principal.

Todo estaba en orden, no se veía nada anormal. O eso pensé al principio. Hasta que un rumor de jadeos ahogados dirigió mi atención hacia la puerta de la cocina.

Jirones de humo se colaban en el salón por esa puerta. Alguno de aquellos idiotas había prendido fuego a la casa.

Avancé hacia esa puerta y la abrí. Un palmo de humo flotaba a ras del suelo y busqué con la mirada de dónde procedía. No había llamas a la vista, pero el humo parecía brotar de un determinado punto: la trampilla que llevaba al sótano.

Di un paso hacia ella y me quedé clavado en el suelo.

A través de una ventana enrejada se colaba la luz de un rojizo sol, debía arder un infierno debajo de mí, y, en cambio, reinaba un extraño e innatural frío que me hizo estremecer. Un frío que, partiendo de mis pies, reptaba serpenteante por mis piernas, inmovilizándome, congelándome, lenta y metódicamente.

Tuve que hacer un esfuerzo sobrenatural para arrodillarme, sintiéndome aterido, entumecido. Alargué la mano para intentar abrir la trampilla, pero, al entrar en contacto con lo que había creído humo, la retiré espasmódicamente.

No, no era humo.

Era una especie de bruma helada y espectral, una niebla blancuzca y extraña, capaz de helar hasta lo más recóndito de mi ser.

Agité la cabeza y, aspirando profundamente, luchando contra la aversión que me producía el simple contacto de aquellas volutas fantasmales, alargué nuevamente la mano hacia la trampilla.

Entonces, antes de que pudiera tocarla, se abrió sola.

Una mano flaca y amarillenta, cuyos dedos se agitaban como gusanos enloquecidos, empezó a tantear por el borde del piso.

—Por favor… —jadeó una voz—. ¡Por favor…!

Mi primera reacción fue la de seguir los consejos del prefecto Parmentier: echar a correr y no parar hasta Mónaco. Pero ayudé al propietario de aquella mano a izarse hasta la cocina.

A la mano siguió un frágil brazo y, luego, el rostro convulso de una mujer de unos sesenta años. Una mujer despeinada, con la mirada alucinada y un rictus de terror, con un temblor espasmódico y dando la impresión de estar ahogándose: Eileen Foxworth.

La saqué como pude y la llevé al salón. La tendí sobre la alfombra, mientras agarraba mi muñeca con la desesperación de una moribunda.

—Está aquí… —gimió en un ronco estertor—. Él está aquí…

—Cálmese —aconsejé—. No le conviene…

—¡No…! ¡Ya… ya es tarde para mí! —prosiguió, sin hacerme caso—. Irán por ella… ¡Por Mary Lou!

—Calma, se pondrá bien. Estoy seguro.

En realidad, no lo estaba. Había visto cadáveres con mejor aspecto que ella.

Se irguió en el suelo sin soltar mi muñeca, clavándome las uñas hasta hacerme sangrar. Sus ojos, que no parpadeaban, quedaron a escasos centímetros de los míos.

—¡Júreme que… avisará a Mary Lou! ¡Que la protegerá! —susurró—. ¡Júremelo!

—Está bien, se lo juro. Pero suélteme la mano.

No sólo me soltó la mano, sino que, agotadas sus energías con ese último esfuerzo, se derrumbó como una muñeca de trapo.

Le busqué el pulso y no se lo encontré. El corazón tampoco latía. Me arrodillé sobre ella y, sin muchas esperanzas, empecé a darle masaje al corazón.

Diez minutos más tardes, me rendí. Ya no se podía hacer nada por la mujer.

Apelando a la lógica, había llegado el momento de llamar a la *gendarmerie* y, sin esperarla, empezar a hacer *jooting* en dirección a Mónaco. Pero ya se sabe que la curiosidad mata a los gatos y le da un montón de disgustos a Indiana James. ¿Por qué no echarle antes un vistazo al sótano?

En la cocina, la niebla se estaba disipando y la sensación de frío, aunque todavía hacía estremecer, era soportable.

Me aventuré por la escalerilla, sintiendo que mi ritmo cardíaco se aceleraba a medida que bajaba los peldaños y me sumergía en aquella bruma irreal que lo inundaba todo, iluminada por el fulgor de una luz difusa, azulada, espectral.

El sótano tenía las dimensiones aproximadas de un campo de tenis y parecía ocupar toda la superficie de la villa. Muebles y trastos viejos se hallaban arrinconados contra las paredes, dejando un amplio espacio despejado en el centro, donde se hallaba una cómoda.

Del techo colgaba una cruz invertida. Nueve cirios negros convertían el sótano en un macabro dibujo de sombras entrecruzadas, temblorosas. Y sobre la cómoda…

… *Utilizada sin duda como altar*, yacía el cadáver de un macho cabrío con la yugular seccionada y las vísceras desparramadas a su alrededor.

Lo habían abierto en canal y, aunque el espectáculo resultaba desagradable, por lo menos era clarificador. Ahora ya sabía de dónde procedía la sangre de los dos muchachos que dormían en la sala de billar.

El segundo descubrimiento tranquilizador lo hice al revolver entre los muebles arrinconados. Escondido bajo un armario medio podrido, apareció un aparato metálico, nuevo, del tamaño de un vídeo doméstico, con una rejilla en la parte frontal. Lo había visto varias veces en las discotecas: con él se creaba este efecto especial de bruma carbónica, tan utilizado últimamente en espectáculos y películas.

Ya me disponía a volver a la cocina, cuando mi pie tropezó con algo. Hasta aquel momento me había pasado desapercibido por la niebla, pero, una vez desaparecida ésta, quedaba al descubierto. Era un extraño pedrusco, que no hubiera merecido un segundo vistazo, de no ser porque, rodeando el altar, había otros treinta de diferentes formas y tamaños, colocados en una pauta que no conseguí descifrar. Se tratara de lo que se tratase, formaba parte del ritual que allí había tenido lugar.

No pude seguir investigando.

Oí un sonido de pasos furtivos a mis espaldas, me volví, y tuve la visión fugaz de una mujer murena vestida con una túnica blanca, empapada en sangre, enarbolando —como en la mejor de las

novelas góticas— un candelabro que, *¡Fuooop!*, cayó sobre mi cabeza antes que pudiera hacer nada por evitarlo.

Después, vi una preciosa espiral de colores adornada por una constelación de estrellas, el suelo de la habitación se elevó hacia mí y caí por un infinito agujero negro.

Y, al final del túnel, la paz.

CAPÍTULO II

Me despertó el aullido de una sirena lejana.

Cuando me incorporé, aturdido y desconcertado, descubrí que no me hallaba en el sótano, sino en el salón, junto al cadáver de Eileen Foxworth.

Y el candelabro se encontraba junto a su mano.

Ésa fue la primera sorpresa. Pero había más. En el sótano, por ejemplo, no quedaba rastro de la sangre, el altar, la cruz invertida, las piedras y el aparato de bruma carbónica, por no mencionar al pobre macho cabrío destripado.

La sirena cada vez más cercana.

Si me quedaba allí, podía leer el titular del día siguiente: «*Ladrón irrumpe en villa. Pelea con propietario y la asesina*».

Unos frenos chirriaron en la parte delantera del jardín y, por la ventana, pude ver al prefecto Parmentier saltando de un coche de policía, seguido de un ejército de gendarmes.

Mira por dónde, iba a conseguir salirse con la suya. Me lancé hacia la puerta trasera y empecé a correr hacia Mónaco.

Al día siguiente, tras pasar toda la noche viajando en tren hasta París, compré el periódico para intentar aclarar las ideas.

En la página de sucesos venía la noticia de la muerte de Eileen Foxworth. Según la *gendarmería*, el desgraciado suceso se había producido al encontrarse la propietaria de la villa con un ladrón. Tras una corta pelea y, sin duda alterada por la impresión y el pánico, *lady* Foxworth había fallecido de un ataque cardíaco, tal y como certificaba la autopsia. La víctima ya tenía un historial clínico de dos infartos.

Tan preclaras deducciones eran obra, según el periodista, del prefecto Parmentier, que tantos éxitos había cosechado en casos

anteriores.

Me acordé del candelabro y me calé la gorra hasta las cejas cuando leí que el intruso parecía haber resultado herido en el forcejeo. Froté suavemente mi chichón de considerables dimensiones.

Como el periódico parecía dar por sentado que cualquier hijo de vecino sabía quién era Eileen Foxworth, tuve que comprar la última edición de «Quién es quién», camino del aeropuerto de Orly.

Le dedicaban unos diez CM.: *Lady* Eileen Jane Mary Foxworth, ricacha de oro y empresaria de prensa por seguir la tradición familiar y por no aburrirse demasiado. Propietaria de un *trust* que agrupaba dos periódicos y siete revistas. Su hijo, George Foxworth y su nuera, Louise, habían muerto en un accidente aéreo. Única sucesora, la hija de ambos y nieta de *lady* Foxworth, Mary Lou.

Aquello empezaba a tener sentido.

La mayor parte de las sectas ocultan sus ansias de puro y grosero enriquecimiento bajo la coartada del espíritu, la verdad eterna y lindezas semejantes. Para una secta, atraerse a la propietaria de un emporio de comunicaciones debía ser de ensueño. La oportunidad de tener publicidad y propaganda gratis, de manejar un instrumento con el que convencer —o sea, engañar— a un público fiel, aumentar el negocio, en suma, era algo que no debía desperdiciarse.

Al parecer, habían dedicado a Eileen Foxworth una demostración impresionante. Demasiado impresionante. Se habían pasado de rosca y el corazón de la anciana no había resistido.

¿Les había puesto en las manos los instrumentos necesarios para presionar a su nieta, Mary Lou? La preocupación de *lady* Foxworth así lo hacía creer.

Un momento, me faltaban datos para seguir el curso de mis brillantes deducciones, así que las archivé en un rinconcito de mi cerebro, me compré el *Soy Leyenda*, de Richard Matheson y empecé a releerlo rumbo a Londres.

Me instalé en un modesto hotel del barrio de
Eard’s
Court, inscribiéndome con el nombre del protagonista de la novela, Robert Neville. No sabía hasta dónde podrían llegar los tentáculos del prefecto Parmentier, pero no me extrañaría que, pese a mi discreta huida de la villa de *lady* Foxworth, se hubiera olido que yo

andaba por allí. Al fin y al cabo, no pude ducharme durante los tres días que estuve retenido en la comisaría de Cannes.

Según los periódicos londinenses, el funeral de Eileen Foxworth se celebraría en aquella ciudad, así que dediqué un par de días a recorrer los antros más estrambóticos y siniestros de Londres, en busca de documentación sobre sectas religiosas. Acabé con la cabeza como un bombo y la habitación del hotel inundada de folletos, prometiéndome todas las delicias del paraíso en cuatricromía y póster desplegable. Desde luego, cuando uno decide malgastar esta vida pensando en «la obra», tiene donde elegir: *Haré Krishnas* de cabeza rapada y galletitas indigeribles, Adoradores del Dios Moon con sus huesos en la cárcel por estafar al fisco americano, Cientologistas con locura garantizada, Cristianos Antiguos, Niños de Dios de mirada alucinada… y así hasta el infinito.

En un estado de confusión casi místico, me presenté en la casa de los Foxworth, Aunque, eso de «casa», es un decir: se trataba de una mansión victoriana situada en el barrio de Hampstead. Ladrillo rojo, puertas y ventanas de maderas nobles, artesanado pulcra y concienzudamente restaurado tras cada invierno lluvioso… Todo el esplendor y la ostentación del difunto Imperio Británico, reunido en un solo edificio.

Llamé a la puerta cuadrándome marcialmente, muy metido en mi papel de héroe providencial y salvador, jurando no marcharme hasta quedar convencido de que la pequeña y conmovedora niñita, Mary Lou Foxworth, estaba a salvo de peligros y conjuras.

Naturalmente, me esperaban algunas sorpresas.

Una, el tipo que me abrió la puerta.

Siempre había sospechado que la figura del mayordomo inglés, eficiente y circunspecto, sólo existía en la imaginación de Agatha Christie y las enfebrecidas mentes de los historiares británicos. Craso error: ante mis ojos se encontraba un perfecto ejemplar de aquella desconocida especie. Uniformado de negro funeral, levantaba la barbilla en el ángulo exacto y su expresión era adecuadamente neutra.

Pronto dejó de serlo. Me miró displicente de pies a cabeza, tomando buena nota del polvo de mis botas, del tono descolorido de mis tejanos y de los zurcidos de mi chaleco de cremalleras,

superviviente de mil peleas. Hasta aquí, a duras penas consiguió controlar su desaprobación. Pero, en cuanto llegó a la gorra de marinero, una expresión de dolor apareció en sus ojos, como si le hubiera clavado un alfanje en pleno hígado.

—Los recados por la puerta de servicio —dijo, sin perder la educación.

—Quisiera hablar con la persona responsable de Mary Lou Foxworth —repliqué sin desanimarme.

La expresión del mayordomo se troco por otra de alarma.

—¿Qué… qué ha hecho esta vez? —pregunto, aprensivo.

—Nada, que yo sepa. ¿Va a anunciarme o no?

—¿Debo interpretar por sus palabras que no la conoce? —insistió, esperanzado.

—Pues no…

—¿Ni ha roto nada de su propiedad?

—Tampoco.

—¿Ni viene a quejarse de su comportamiento?

—Ya está bien, ¿no? —protesté, impaciente—. Traigo un recado de parte de la mmm… de la señora Foxworth, que en paz descanse.

Ambos guardamos unos segundos de recogido silencio.

—Me lo comunicó antes de morir —me apresuré a añadir, aprovechando el lapsus—. Es muy importante.

Suspiró resignado y se apartó para dejarme paso.

—Está bien. Cosas peores se han visto en esta casa —comentó, haciéndose visiblemente a un lado para evitar cualquier contacto contaminador—. Si quiere hablar con la señorita Mary Lou, se encuentra en el salón. Usted mismo.

Aproveché mi oportunidad.

—¿Y no va a anunciarme? —dije socarronamente—. Nunca lo hubiera pensado de usted…

Me fulminó, con la mirada, antes de dignarse contestar:

—Existen riesgos, que ni siquiera mis obligaciones contractuales me obligan a afrontar.

Le dejé, tras mirarle de reojo, preguntándome de qué frenopático se habría escapado aquel sujeto. En las novelas de Agatha Christie, los mayordomos no se permitían tales confianzas. Bueno, ya se sabe, todo degenera.

Empecé a comprenderle al llegar al salón.

Segunda sorpresa: estaba invadido por una horda de *punkies*. Diez o doce cuerpos zarrapastrosos se hallaban tirados por los suelos, fumando algún canuto de marihuana o bebiendo a morro de botellas de cristal de Bohemia tallado. Cadenas, imperdibles, cuero negro, pelo de todos los colores del arco iris, peinados apoyados en toneladas da laca y goma arábiga…

El contraste entre aquel grupo y los muebles de época que los rodeaban, era de lo más pintoresco.

La voz del mayordomo susurró a mis espaldas:

—Mary Lou es la del pelo… azul —y por la agonía de su voz no supe distinguir si le habían clavado otro alfanje, o le habían arrancado el mío de cuajo.

Además, se había tragado lo de «la señorita…».

Por mi parte, seguí clavado en la entrada, tratando de digerir la última sorpresa de la serie: «la del pelo… azul» no era ninguna niña pequeña, indefensa y desvalida. Debía andar por los diecisiete y, a pesar de todos sus esfuerzos por disimularlo, los llevaba a la perfección.

Poco a poco, aquellos tipos repararon en mi presencia. Un quinceañero esquelético, con el pelo a lo «último mohicano», soltó una risita que no tardó en encontrar eco por toda la sala.

—¡Eh! ¡Mirad lo que nos ha traído Spencer! —chilló, señalándome, como un niño a un macaco del zoológico—. ¡Un fantasma como el de la revista!

Tomé nota mental de dos cosas: que el mayordomo debía llamarse Spencer y que debía comprobar a quién me habían equiparado.

Me rodearon sin dejar de mofarse descaradamente, pero me aguanté; uno me quitó la gorra y se la probó, pero me aguanté; otro me levantó la manga para ver si llevaba tatuajes, pero me aguanté; una chica intentó encender una cerilla raspando en mi barba, pero me aguanté.

Sí, aguanté estoicamente.

A su edad, yo llevaba el pelo hasta los hombros, dudaba angustiosamente entre Beatles y Rolling Stones, y, lo más suave que solía soltarme la gente convencional, era marica y degenerado, epítetos replicados al instante por mi propio sentido de adjetivos. Vamos, que todos hemos sido adolescentes.

—¿Y cómo te llamas, tío? —preguntó la calva.

—Indiana James.

—Indiana, ¿qué? —Las carcajadas subieron de tono.

—James —puntualicé, arrepintiéndome de no haberles mentido inventando cualquier nombre.

—¿Y qué mierda se te ha perdido aquí, fantasma?

Correr por el mundo te enseña unas cuantas cosas. Y, una de ellas, es a distinguir el tono retador del jefe de la manada. El que acalla a todos cuando él habla. Yo había cometido el terrible pecado de acaparar la atención de sus amigos, de relegarle a un segundo plano, aunque fuera momentáneamente. Y eso, amigo, se paga.

Me giré hacia él, sonriente, magnánimo, y la sonrisa se me heló en la cara. Era un mastodonte de un metro noventa de estatura, cuerpo de armario, brazos como grúas, cara picada de viruela y el más legítimo sello de cretinidad estampado indeleblemente en su jeta. Aun estando quieto, se tambaleaba ligeramente, como Boris Karloff en sus mejores tiempos y, en sus ojos, brillaba la determinación de embestir como un búfalo furioso.

—Sólo quiero hablar un momento con Mary Lou. Sólo eso —dije en tono conciliador. Empezaba a cansarme de mis entradas triunfales en las casas de la familia Foxworth.

—¿De qué? —Quiso averiguar aquel semihumano.

La chica del pelo azul, Mary Lou, intentó apartarlo empujándole. No le movió ni un milímetro.

—Déjale, Bats. No se ha metido con nadie y es muy divertido.

La bestia pareció conmoverse, tras fruncir el ceño e intentar meditar furiosamente unos segundos. Aquel esfuerzo desacostumbrado debió agotarle para varios meses.

—Está bien. Hable —me ordenó.

—En cuanto estemos solos, por supuesto.

—Somos sus colegas y podemos oírlo todo —replicó. Y giró su macizo cuello, buscando la aprobación de la manada.

Todos, a excepción de Mary Lou, se apresuraron a decir que sí, que eran colegas, que no había secretos entre ellos y que, aunque no fuese así, apreciaban demasiado sus pellejos para confesarlo.

Yo estaba empezando a hartarme. El tal Bats era de una clase que conocía bien: de haber nacido en la Alemania nazi, hubiera sido el más entusiasta carnicero de las SS; en los años 60, se habría

apuntado a los Ángeles del Infierno, sólo para destrozar cráneos; y en cualquier guerra, habría ganado un montón de medallas arrancando de cuajo las extremidades del enemigo. En fin, que perdí la calma.

—Mira, Bats —le dije con franca mala leche, alargándole un billete—. Cómprate un dólar de bosque y piérdete, ¿quieres? No te será difícil.

Vi cómo el círculo de espectadores se ensanchaba a nuestro alrededor; vi a Spencer estirando el cuello por detrás de una puerta, francamente atemorizado; vi a Mary Lou iniciando un movimiento para interponerse entre los dos… y, con tanta distracción, me perdí lo más interesante: el puño de Bats volando hacia mi cara.

Eché la barbilla atrás en un movimiento rápido y fulgurante, con lo que sólo conseguí que me alcanzase de lleno. El muy imbécil ni siquiera había apuntado bien. La ley de la gravedad se anuló instantáneamente para mí y reapareció segundos antes de que aterrizase de culo en el suelo.

Mi debut había sido muy poco digno.

Pero no tuve tiempo de pensar en la estética. La Bestia se me venía encima, rugiendo al mismo tiempo de rabia y placer anticipado. Nada le aplacaría, excepto alfombrar el suelo con mis sesos.

Me revolví y pateé sus espinillas.

—¡Orghhhh! —gimió él.

—¡Ufffff! —repliqué yo, instantes después, cuando me agarró un pie y empezó a desatornillarlo.

—¡Fuuusss! —resopló él, cuando conseguí que me soltase, machacándole la cara con mi otra bota.

Realmente, no era una conversación muy inteligente.

Me apoderé de una silla y la levanté sobre mi cabeza para estrellarla contra su pétreo costillar, pero me detuvo un gemido ahogado.

Era Spencer. Miraba con ojos desorbitados la silla y le imité inconscientemente: diseño antiguo, relieves grabados a mano, pieza de anticuario, sin duda…

No pude seguir admirando la pieza. Bats embistió, clavándome, ¡toooof!, su cabeza en el estómago y lanzándome contra una vitrina del siglo XVII que explotó, ¡craaaash!, cuando choqué contra ella.

El aullido de dolor de Spencer se oyó por encima del mío.

No tenía más remedio que ponerme serio.

Solté un
uno-dos
contra el rostro de la Bestia, ¡plak, plak!, que frenó en seco, atónito. Seguí machacando, ¡plak, plak!, pero se limitó a sacudir su cabezota y arremeter contra mí.

Sembramos nuestro camino con las astillas de una mesita de café, los pedazos de un jarrón Ming, los retales de una cortina de Damasco, los jirones de una alfombra persa, y los vidrios de una cristalería entera, antes de chocar contra la pared y despedazar un Picasso que tuvo la ingenua ocurrencia de caérsenos encima desde la pared.

Las lágrimas del mayordomo se desbordaron incontenibles.

Mientras yo recuperaba el aire, Bats descolgó una espada del escudo heráldico de los Foxworth y la blandió contra mí.

¡Ziuuuuu! La espada segó el aire por encima de mi cabeza, un microsegundo después que me hubiera agachado.

—¡Ya está bien! ¡Por favor! ¡Qué mal rollo! ¡Os vais a matar…! —gritaron las voces del aterrado coro.

«¡Me va a matar!», corregí mentalmente.

Y agarré lo primero que me vino a mano: un atizador de la chimenea.

¡Clank! ¡Clank! ¡Clank!

Había empezado la clase de esgrima.

Pero duró poco. Al tercer golpe, el atizador se dobló. Al cuarto, ¡clink!, saltó partido por la mita; bajo el empuje de la espada manejada por la Bestia.

Lanzó un rugido victorioso y descargó un nuevo golpe, con la sana intención de partirme longitudinalmente en dos.

¡Tchunnnkk! Ante mi poca colaboración, la espada no tuvo más remedio que clavarse en el suelo.

—¡Aummmppffff! —gimió el mastodonte mientras tiraba como un poseso. Viendo la postura y el esfuerzo, deduje que se ensuciaría los pantalones antes de conseguir desclavarla.

Pero me equivoqué. Lo consiguió en el preciso instante en que le estampaba, ¡CLOOOONK!, el escudo de los Foxworth en el cráneo. El metal chirrió y se abolló como si fuera latón en vez de hierro.

Di dos pasos atrás, respirando con dificultad, para presenciar el desplome de la Bestia.

Bats se tambaleaba por el salón como un borracho sobre una pista de hielo, los ojos idos, la expresión idiotizada —sí, más todavía—, un hilo de baba columpiándose alegremente de su boca, la sangre chorreando de la cabeza… ¡pero sin soltar la espada!

Cogí una columna de medio metro, vieja y suda, de un estante y la levanté en vilo. Oí un respingo a mi espalda. Spencer se llevaba las manos a la cara, incapaz de soportar tal sacrilegio. Debía ser griega, por lo menos.

Dejé la columna y agarré un aparato de vídeo que reposaba junto al televisor. Eché un vistazo al mayordomo y, como solo enarcó las cejas levemente, me acerqué a la Bestia aturdida y…

¡Tlanallkkkk!

El mazazo definitivo.

Su mole inerte se desplomó entre una lluvia de muelles y circuitos integrados.

¡Plooooffff!

Los *punkies*, que habían huido aterrados al vestíbulo, empezaron a regresar al salón, mirando con incredulidad a su jefe caído.

—Yo, de vosotros… —apunté—, me lo llevaría a algún lugar donde, al despertar, no pueda desahogarse arrancándole una pierna a nadie.

Se apresuraron a seguir mi consejo, mientras me derrumbaba en un sillón milagrosamente intacto.

A mi lado, se encontraba la revista que ojeaban cuando entré. Completamente alucinado, contemplé las fotos, a todo color, de un tipo que ya había visto antes haciendo el imbécil; un fulano ataviado con una especie de traje «madelman», tocado con su sombrero tejano, fingiendo que pedaleaba furiosamente en un patín de playa.

«*Harriford Jones, el Aventurero Millonario, cruza el Atlántico en un medio inverosímil*», explicaban los titulares.

En una de las fotos, en su llegada a algún puerto brasileño, se le veía rodeado de mulatas. Sonreía estúpidamente y las abrazaba con más fervor del que había puesto en una sola de sus pedaladas.

—Bueno, señor Montana…

Alcé los ojos y vi a Mary Lou Foxworth de pie, ante mí, con los

brazos cruzados.

Agité la revista como si constituyera la prueba de una innombrable acusación:

—¿Con este tipo…? ¿Me habéis comparado con este tipo? —aullé, lamentando no haber arrancado las vísceras de Bats, a puñetazos, para lavar tal ignominia.

No me hizo caso.

—Corta, tío, y explica por qué querías hablar conmigo…

Le solté el rollo que tenía preparado. A saber: dos días antes de morir, su abuela me había contratado como detective, con el encargo de que la mantuviera a ella, Mary Lou, alejada de cualquier secta religiosa o gurú que quisiera echarle el salmo encima.

Se sentó en el suelo, desenfadadamente:

—O sea, que quieres tu pasta.

—No, no… —protesté—, ya me pagó ella.

Eso le hizo gracia.

—No me extraña. La abuela se piraba por cualquier cosa con pantalones.

—Me pagó con dinero —puntualicé.

—Bueno, pues como no quieras mirar debajo de mi cama… —Se acercó y tiró de mí.

—Eeeeh… estoooo… En realidad, me pagó con dinero y para otra cosa…

—Pues no había ninguna necesidad. Ni loca, me meto yo en una secta de ésas. Hay que estar un poco tocada para eso, ¿no…?

Durante toda la conversación, Spencer, el mayordomo, había permanecido en la puerta, esperando vanamente la orden de arreglar el desaguisado del salón. Ahora, se acercó con el aire de quien decide romper una tradición milenaria.

—Si me permiten el atrevimiento —carraspeó, muy envarado, como temiendo que Mary Lou le marcase la cara con un látigo por su osadía—. Quizá el señor se refiera al Culto de los Mil Siglos…

—Quizá —respondí, a la expectativa.

—En ese caso —continuó—, permítame afirmar que la señorita se halla en peligro de muerte.

Tardamos varios minutos en recuperar de nuevo el habla.

Capítulo III

—¿De qué estás hablando, Spencer? —exclamó Mary Lou—. ¿Vas flipado o qué?

—Creo que mis sospechas se basan en pruebas más que tangibles, señorita —explicó el mayordomo con tono ofendido—. Algunos miembros de esa secta se reunieron varias veces en esta casa —y suspiró al recordar tan infausta desgracia—. En cierta ocasión, mientras esperaban que *lady* Eileen bajase de sus habitaciones, comentaron que…

—¡Spencer, les fisgaste! —rió la chica, divertidísima.

Un rubor delator apareció en las mejillas del mayordomo. No obstante, consiguió controlarse:

—Esta casa es muy grande… y a veces, el eco… Además, no es culpa mía si personas, evidentemente poco educadas, hablan en un tono más alto del estrictamente necesario. No pude evitar…

—Vale, Spencer —corté, temiendo que invirtiera el resto de la tarde intentando reparar su honor puesto en duda—. Todos tenemos nuestros esqueletos en el armario. ¿Qué decían?

—Me temo no comprender esa expresión de…

—¿Qué decían, Spencer? —grité.

—Bueno… ¡ejem…! Cierta señorita comentó que podrían necesitar «de la nieta», la señorita Mary Lou, evidentemente. El caballero, y digo «caballero» por no emplear la expresión que merece, respondió que Angelo se ocupaba de ello…

—¿Angelo? —saltó Mary Lou, dando un respingo.

—¿Le conoces? —Ése era yo.

—Bueno, conozco a un Angelo… Angelo Ingarra. Salí con él un par de veces, pero no molaba. Es un carroza, aunque guapo como un dios griego… —añadió, soñadora.

Eso me recordaba a alguien. Le di a Mary Lou la descripción del guaperas al que había desfigurado en Cannes y ella admitió que coincidía. Quizá fuera una coincidencia, pero…

Ya puestos, hice que Spencer describiera a aquellos visitantes: me encajaron con el Encapuchado Rostro de Pesadilla y la Dama del Candelabro. Pero me callé que les conocía. Las explicaciones podían esperar.

—Y tú, ¿de qué conoces a Angelo? —preguntó Mary Lou, dispuesta a llevar la contraria a mis pensamientos.

—Eso no importa ahora —contesté—. Tienes que darme la dirección de tu dios griego. Puede que le haga una visita. Le prometí a tu abuela que…

Puso cara de protesta:

—¿A ti te patinan las neuronas, o qué? ¡Yo no necesito protección para nada! Supongamos que quieren meterme en esa dichosa secta… Bueno ¿y qué? Conmigo lo tienen crudísimo, te lo aseguro. Me niego y ya está.

Yo no lo veía tan fácil. Si se habían tomado la molestia de captar a Eileen Foxworth y todo su imperio periodístico, no abandonarían tan fácil. Insistí en que me diera la dirección del Apolo, hasta que aceptó.

—Pero, no pensarás ir ahora, ¿verdad?

—En cuanto me sueltes —respondí. Se había aferrado a mi manga.

—¡Ni hablar, no te lo permito! Tú te vienes al Rondhouse. Hay un concierto de los Lord of the New Church, que te va a alucinar.

Lo que me faltaba.

—Te pagaron para que me protegieras, ¿no? —insistió ella.

—Euh… sí, es cierto. Pero te protegeré mejor encargándome de Angelo, seguro…

—¡Oh, vamos! ¡No seas plasta! —continuó, erre que erre—. Va a ir toda la basca…

—Gracias, pero no quisiera tropezarme con los restos de tu amiguito.

—¿Bats? ¡Bah, pero si es tonto del culo! —Se le iluminó la expresión—. ¡Uauh, sería estupendo que lo volvieras a machacar! ¡Y, esta vez, en público! Anda, California, veeen…

Tuve que echar mano de las pocas energías que me quedaban,

tras mi fiesta con Bats, para disuadirla. Acabó enfadada, arrugando la nariz y pataleando rabiosamente el roble del suelo.

—¡Está bien, señor Carolina! Ya veo que prefiere hacerle una visita a ese ricitos dorados, a venirse conmigo. Siempre es bueno saber de qué pie cojea la gente —concluyó ofensivamente, antes de desaparecer dando un portazo.

Estaba tomando unas cuantas toneladas cúbicas de aire para responder debidamente a aquella frase insultante —el que ella no estuviera, no empañaba la firmeza de mi acto—, cuando oí el carraspeo de Spencer detrás de mí:

—Con su permiso, señor… Aún a riesgo de parecer decimonónico, creo conocer una receta infalible para acabar con esos… hum, accesos de insolencia juvenil. Se necesitaría alguien con las… euh, agallas necesarias para sentarla sobre sus rodillas y darle una buena zurra e… en… esto, allí donde la espalda pierde su casto nombre…

Aquello no parecía decimonónico. Lo era.

Su actitud solícita, casi reverente, me reveló que había ganado muchos puntos. Le pedí permiso para darme una ducha y accedió al instante.

—Y si después necesita algún traje del guardarropa familiar, señor, con mucho gusto…

—No, gracias —negué—. Con el mío tengo más que suficiente.

—Si me permite que insista, un caballero como usted…, un caballero que ha echado a esos salvajes de esta casa, debería…

—Ya vale, Spencer. Te pediré el esmoquin cuando vayamos de fiesta.

Cuando terminé de ducharme y me embutí de nuevo en mis ropas, le encontré esperando en el salón.

—Supongo que pensará aplicar un severo correctivo a ese Angelo, ¿verdad, señor?

—De momento, sólo voy a hablar con él. Nada más.

—¡Oh, yo creía…! —Pareció muy decepcionado—. Perdone, señor, pero estoy seguro que los… mmm, personajes de su calaña, no desisten, así como así, de sus turbios propósitos. Permítame ofrecerle el concurso de *miss* músculos para tan noble causa —se irguió altivo al darse cuenta que le miraba con aire de duda—. Puedo parecer excesivamente maduro y no muy coriáceo, pero en

mi juventud serví en el ejército de Su Majestad y algo aprendí de los gurkas.

—Gracias, Spencer —repetí por enésima vez—. Pero con ese Angelo me basto y me sobro.

—Quizá tenga razón, pero… espere un momento, por favor —contestó sin darse por enterado y desapareciendo hacia una habitación contigua.

Unos minutos después, hacía su triunfal reaparición: iba ataviado con una chaqueta ceñida, pantalones a cuadros, un pañuelo en el cuello y una gorra de lana, calada hasta las orejas. Parecía un *cokney* típico, sacado de una ilustración de folletín de principios de siglo.

—Tenía razón en lo del traje, señor —afirmó, exultante—. Cuando uno se dispone a mezclarse con rufianes, debe vestirse como ellos a fin de pasar desapercibido.

Salimos y Spencer se dirigió resueltamente hacia un «Jaguar» aparcado a un lado de la mansión. Sacó unas llaves, abrió la puerta trasera y me invitó a entrar.

—Prefiero ir delante, contigo… —observé.

El mayordomo cerró los ojos un instante, pensando si tal transgresión de las normas de etiqueta podía ser aceptable en estas circunstancias y, aunque a regañadientes, accedió.

—¡Si no hay más remedio…! —exclamó pesaroso.

* * *

Angelo Ingarra vivía en Gloucester y la dirección que me había dado Mary Lou, correspondía a una típica casa inglesa bien conservada: escaleras frontales, semisótanos y amplios ventanales dando a la tranquila calle.

Estábamos doblando la esquina cuando Ingarra salió de su casa. Grité a Spencer que frenase me hundí en el asiento para que no me viera.

Yo, en cambio, sí pude echarle un buen vistazo y comprobé, satisfecho, que sus naturales encantos se veían considerablemente mermados por algunos bultos violáceos en su rostro y unas gafas ce espejo que, a buen seguro, escondían unos ojos hinchados.

El ex guaperas se subió a un «Austin Metro» y se sumergió en el tráfico de Londres.

—Adelante, Spencer —ordené—. Con un poco de suerte, quizá nos lleve al Templo de la Secta.

La tuvimos. Media hora después, estábamos en las afueras de la ciudad. El «Austin» se metió en un camino de tierra y, tras dos millas de tragueteo infernal, llegamos frente a una ermita de aspecto semirruinoso.

Ingarra, tras cerrar su coche, abrió la puerta principal con una llave y la cerró nuevamente, una vez hubo entrado.

Dejamos el «Jaguar» oculto detrás de unos árboles y nos acercamos furtivamente al edificio. La nave central y una de las laterales se mantenían en pie, pero no creí que tuviésemos problemas para entrar por una de las partes derruidas de la ermita.

Me equivoqué. Todos los boquetes habían sido escrupulosamente tapiados con ladrillos.

Spencer sacó una varilla metálica de su bolsillo.

—¿Ha visto alguna vez una ganzúa, señor?

—Sí. Y no me llames señor.

—Como quiera, señor. Un buen mayordomo ha de dominar muchos oficios —dijo con aire de justificación, mientras hurgaba en la cerradura de la puerta—. Y el de cerrajero, evidentemente, es uno de ellos. ¿Quién sabe bajo qué circunstancias puede tu señora…?

—Enterado, Spencer. No seas plomo.

Si dominaba «muchos» oficios, tan bien como el de cerrajero, aquel hombre valía una fortuna. Abrió la puerta en un simple parpadeo.

Ante nosotros estaba la nave principal, una enorme extensión desprovista de los bancos típicos de las iglesias, flanqueada por columnas e iluminada por la difusa luz que se colaba a través de los vitrales del techo.

Ingarra no estaba a la vista. Extremando las precauciones, empezamos a inspeccionar el lugar.

Y había bastante que inspeccionar.

Todo el abandono y la miseria del exterior, desaparecía en cuanto cruzabas la entrada. La restauración había sido completa y lujosa. Al parecer, se habían preocupado por no atraer la atención.

Como en Cannes, tenían el inevitable altar, las velas negras y las cruces invertidas. Pero eso era lo de menos. Las paredes estaban

acribilladas de hornacinas, donde se exhibían imágenes de seres de pesadilla: monstruos mitad hombres y mitad bestias, con ojos desorbitados, lascivos, escamas y pelaje en lugar de piel, garras deformes y sarmentosas en vez de manos, zarpas y pezuñas donde debían estar los pies. Sólo una mente deforme y retorcida podía haber concebido aquellos entes increíbles y satánicos.

—Éste… éste es un lugar francamente siniestro, señor… —susurró Spencer, perdido gran parte de su aplomo.

Cuadros con marco dorado y pesados tapices cubrían las paredes. El mayordomo quedó helado ce espanto frente a un gigantesco lienzo que mostraba a un obispo anglicano, completamente ebrio, en compañía de varias cerdas con actitud que calificó de «francamente indecorosa». En algunos tapices, altas dignidades de la Iglesia Católica adoptaban posturas y actitudes no menos comprometidas. Máchos cabríos, gatos negros de mirada esquizoide, botellas de vino semivacías, sexo, salvajismo, obscenidad, constituían elementos comunes que se repetían una y otra vez en aquellas imágenes sacrílegas.

La atmósfera era muy similar a la que había respirado en la villa francesa de *lady* Foxworth: densa, opresiva, asfixiante, cómo cargada de siglos y, también, de podredumbre.

Una puerta entornada comunicaba la nave central con la lateral, que aún se mantenía en pie. Allí debía haberse refugiado Ingarra. Un corto pasillo desembocaba en una amplia sala que, en tiempos, debió ser la vicaría y que, ahora, estaba decorada siguiendo el mismo canon de la que habíamos dejado atrás. Obviando las evidentes repeticiones, hileras de libros polvorientos, con pinta de incunables, se alineaban en unas estanterías. También había una mesa de despacho y un mueble archivo ante el que estaba arrodillado Apolo, sacando papeles a puñados, descartando la mayoría por el procedimiento de lanzarlos al aire.

Parecía al borde del paroxismo.

—¿Qué buscas, Ingarra? —pregunté, rompiendo el silencio de la vicaría—. ¿Tu fe de bautismo?

Se volvió rápidamente. Supe que me había reconocido porque en un acto reflejo, se tocó las heridas del rostro con una mano. La sorpresa apenas duró unos segundos. Se cuadró y enseñó los restos de la dentadura que yo le había dejado. Parecía dispuesto a

continuar nuestra pequeña juerga.

A mi lado, Spencer se metió la mano en el bolsillo.

—Quizá este pequeño instrumento le sea útil, señor —dijo, extrayendo una porra de goma de un palmo de larga. Hubiera apostado lo que fuera, a que tenía el alma de acero.

Ingarra debió pensar lo mismo, calibró sus escasas oportunidades y terminó por aflojar los músculos. Por lo visto, no quería terminar sus días teniéndose que alimentar con una pajita.

—Supongo que quiere cargarme la muerte de la vieja, ¿no es así? —soltó, resentido.

Tuve que mover un brazo para contener a Spencer. Aquella alusión a su antigua señora debió revolverle los intestinos. La porra temblaba visiblemente en su mano.

—De momento, quiero saber lo que ocurrió —propuse.

—¡Nada, no ocurrió nada! ¡Nada absolutamente! —gritó Ingarra, histérico—. ¡Fue un estúpido accidente, no podíamos prever que iba a sufrir un ataque al corazón! ¡Nadie tuvo la culpa…!

—Excepto el que se lo provocó… —concluí.

—¿El? —Escupió—. ¡Oh, sí! ¡Él tuvo la culpa! Pero intente probarlo y…

—Vayamos por partes. ¿Qué es eso del Culto de los Mil Siglos?

—¡Nada, no es nada! ¡Una perfecta memez, una tontería! —contestó con extraña vehemencia—. Una excusa como cualquier otra para sacar pasta a las solteronas ricas. Se les come un poco el coco, se le da un toque esotérico al asunto, se matan unas cuantas cabras y… bueno, se organizan aquelarres y orgías en las que… En fin, ya puede imaginárselo…

Me lo imaginaba perfectamente.

—En otras palabras, una organización de *gigolós*, versión Nostradamus…

—No, no exactamente… Muchas mujeres desprecian a los *gigolós*. Es como admitir que han de pagar por algo que las otras pueden obtener gratis. En cambio, con las ceremonias, el ambiente… ¡Dios, si lo hubiera sabido! Pero se acabó… ¡se acabó! ¡Yo me largo!

Por un instante, casi me conmovió. Aquella expresión parecía haberle salido del alma.

—¿Desde cuándo funciona? —continué.

—Desde hace unos cinco años. La fundé yo mismo. Encontré un libro antiguo que hablaba de cultos extraños, ceremonias místicas y dioses más antiguos que el hombre… ¡toda esa basura!

Rebuscó en los estantes y me lanzó su grueso tomo encuadernado en piel que cacé al vuelo. Temí que se deshiciera entre mis manos a causa del impacto, pero sólo dejó escapar una tonelada de polvo.

En la portada apenas podría leerse: *El Libro del Advenimiento.*

—Me sirvió para darle un toque de autentidad y misterio a la secta… —explicó nuestro amigo—. Pero, eso, no es ningún delito: ¡intente denunciarme y lo comprobará!

—Podría acusarte de la muerte de *lady* Foxworth —presioné.

—¡Eso fue un… un accidente! —aulló, fuera de sí—. ¡Ni siquiera Zabarsky y Amanda podían saber lo que ocurriría! ¡Estoy seguro!

Me aclaró que Zabarsky, de nombre Ronald, era el Encapuchado y Amanda, la Dama del Candelabro.

—¡Esos dos están locos! —prosiguió—. Aparecieron hace un par de años y se lo tomaron demasiado en serio. ¡Pasaron meses leyendo y releyendo ese maldito libro! Y, después, se empeñaron en captar a la Foxworth… ¡Dijeron que era necesario, imprescindible!

—Y también a Mary Lou —añadí—. Tú te encargabas del asunto, ¿no?

—¡Otra estupidez! Se lo dije, pero ellos insistieron e insistieron, y yo… yo…

Parecía al borde de una crisis. Sudaba exageradamente, se frotaba las manos, miraba a un lado y otro como una fiera acorralada.

—Les dije que era inútil, que sin la vieja, esa mocosa no nos servía de nada, pero…

—¿Có… cómo? —interrumpí. Empezaba a perderme en aquella maraña—. ¿Qué quiere decir eso de que no les servía de nada? Es la heredera de la editorial, ¿no?

—Creo que yo puedo informarle adecuadamente acerca de ese asunto, señor —anunció Spencer—. La señorita Mary Lou es, efectivamente, la heredera, pero no tomará posesión de esa herencia hasta cumplir los veinticinco años. Entretanto, recibirá una… hum, más que sustancial asignación.

Me volví de nuevo hacia Ingarra.

—¿Y eso lo sabían tus amigos?

—¡Sí!

—¿Y aún así, se interesaban por ella?

—¡Sí, sí, sííííí!

Una extraña desazón empezó a apoderarse de mí. Mary Lou no podía apoyar sus fines desde el plano periodístico. Y, sin embargo…

—¿Dónde puedo localizar a tus dos compinches?

—Han ido a buscar a la chica. Iba a acudir a un concierto-*rock*, o algo así…

—¡Maldita sea! —estallé—. ¿Por qué no lo has dicho antes? ¡Vamos, Spencer!

El mayordomo me contempló atónito.

—¿Qué hacemos con este… este sujeto, señor? ¡Pretende escapar!

—¡Al diablo con él! ¡Tenemos que proteger a Mary Lou de esos maníacos!

Spencer asintió con la cabeza pero, en lugar de dirigirse hacia la salida, dio un paso adelante y, antes de que Ingarra o yo pudiésemos reaccionar, dejó caer la porra con violencia sobre la sien del ex guaperas. Se desplomó sin exhalar un solo gemido. Pobre Angelo, éste no era su siglo.

Después, el mayordomo me guiñó un ojo mientras señalaba ceremoniosamente la puerta.

—He creído conveniente tener localizado a este… este tipo, por si fueran necesarias nuevas aclaraciones. ¿No está de acuerdo, señor?

—Lo estoy, lo estoy. Pero, ahora, salgamos de aquí… ¡rápido!

Cruzamos a la carrera la nave central de la ermita, en dirección al «Jaguar». Al pasar frente al altar, me fijé en algo que antes no había advertido: estaba rodeado de un conjunto de pedruscos, formando círculo, a imagen y semejanza del que vi en Cannes.

Vacilé. Sabía, estaba seguro, que aquel conjunto de piedras me recordaba algo. Algo que conocía algo muy familiar, pero que no pude localizar.

Bueno, ya me preocuparía de eso más tarde. Dos locos andaban sueltos en busca de una víctima y ni siquiera sabía para qué.

CAPÍTULO IV

—¿Dónde dijo Mary Lou que daban ese concierto? —pregunté a Spencer, mientras éste ponía en marcha el coche.

—En el Roundhouse, señor. Uno de esos antros para degenerados.

No pregunté si sabía la dirección del «antro» porque, a juzgar por la manera que conducía, conocía exactamente su situación. Lo que sí me pregunté a mí mismo, es cómo la sabía. Un mayordomo «comme IL faut», no tendría que sospechar ni su existencia.

Intenté ojear el famoso *Libro del Advenimiento*, pero me fue imposible. Era antiguo, realmente antiguo. A causa del traqueteo a que se veía sometido el «Jaguar», me encontré en la mano con los pedazos de varias hojas. Si no tenía cuidado, acabaría completamente desintegrado.

No obstante, las pocas frases que pude entrever resultaban poco tranquilizadoras: sacrificios, ofrendas de sangre, corrupción, maldad, obscenidades, la llegada del Amo… Desde luego, no se trataba de una lectura apta para todos los públicos.

Llegamos a Londres, cuando las campanas del Big Ben anunciaban las nueve de la noche. Alcanzar el Roundhouse fue cosa de diez minutos y una interminable serie de amagos de infarto. Spencer adelantaba a todo lo susceptible de ser adelantado: autobuses de dos pisos, taxis, limusinas, deportivos y un par de helicópteros que se habían atrevido a volar demasiado bajos.

El local donde Mary Lou debía andar perdida en medio de un mar de epilépticos, tenía la estructura y el tamaño de una pequeña plaza de toros hispana. Además, estaba precavidamente cubierto.

Estremecedores acordes de guitarra, obsesivos redobles de batería y desgarrados aullidos del cantante, retumbaban en su

interior como si un ejército de dementes se dedicaran a practicar juerguistas vivisecciones.

El concierto había comenzado.

Y reconozco que, como concierto, era todo un éxito. Las taquillas estaban cerradas con el cartelito de sold out bien visible. Un grupo de unas cien personas que se había quedado sin entradas masticaba su hiel y paseaba su desesperación, rondando en torno a la puerta principal. Calculaban las posibilidades de entrar por la fuerza, arrollando a los matones que la custodiaban, y que se rearman de placer deseando que lo intentasen.

—Mucho me temo que tendremos que irrumpir con cierta violencia, señor —profetizó Spencer en tono lúgubre.

—Ni hablar. Ha de haber otra entrada para los artistas y su material, y los periodistas.

—Pero no somos ni lo uno ni lo otro, señor…

—No, pero ellos no lo saben…, ¡a no ser que te empeñes en seguir llamándome señor!

—Está bien, se… Bueno, quiero decir… que sí, se… ¡Oh, lo siento!

—Tranquilo, Spencer. Busquemos la puerta trasera.

—Estará cerrada, se… Esto…

Se equivocaba. La puerta en cuestión estaba abierta, o, por expresarlo mejor, se abrió cuando ya llevaba diez minutos discutiendo con el gorila que la custodiaba. Un viejo conocido, Bats, salió a la calle arrastrando por el pelo a una vieja conocida que chillaba y pataleaba: Mary Lou Foxworth.

Casi simultáneamente, una camioneta dobló la esquina de una calle lateral y frenó en seco, a pocos metros de nosotros. De ella desembarcaron Rostro de Pesadilla —o sea, Ronald Zabarsky— y media docena de montañas ambulantes que debían ser acólitos de su secta.

Miré a un lado: el amigo Bats. Miré al otro: un zoológico de gorilas, cargando en formación.

No existía duda posible. Hice una seña a Spencer para que me siguiera y, pisoteando al vigilante de la puerta trasera que no entendía nada, arrollé a la Bestia.

Pero los pasillos de un teatro, atiborrados hasta los topes, no son el escenario ideal para dar esquinazo a nadie y no tardamos en

reunimos toda la «*troupe*» en los camerinos del local, celebrando el amistoso encuentro a trompazo limpio.

Bats parecía el más efusivo de todos. La alegría que sentía al verme de nuevo por los resquicios de las vendas que le tapaban la cara, sólo podía expresarse intentando astillarme espejos en la cabeza, estamparme puertas en la cara o hacerme comer los ladrillos de las paredes.

Por mi parte, me sentía conmovido ante tantas atenciones y procuraba devolvérselas una a una, añadiendo detalles como intentar ahogarle bajo la ropa de los vestuarios, o emparedarle entre los atónitos fans.

Nosotros éramos dos y Mary Lou. Ellos eran más de media docena. Pronto quedó patente la necesidad de una retirada estratégica y, como nos cortaban el camino hacia la salida, tomamos la dirección contraria.

Así fue como llegamos al escenario.

El grupo se hallaba en plena actuación: columnas de humo y una iluminación azulada, subrayaban el efecto dramático de su estridente música.

No pretendíamos contribuir al espectáculo. Sólo queríamos cruzar el escenario y saltar a la platea atiborrada de público entusiasta, entre el que perdernos de vista, pero…

… Mary Lou tropezó con un cable en mitad del escenario, cayó, y Bats aprovechó poco caballerosamente aquella circunstancia para agarrarla por el pie.

Eché el freno, volví sobre mis pasos y, ¡plooof! Le clavé el puño en las vendas. Bueno, en la cara. Retrocedió trastabillando, pero Rostro de Pesadilla y sus acólitos entraban en escena aullando como coyotes. Aquello empezaba a complicarse un *poco*.

Los músicos nos miraban desconcertados, dudando entre seguir tocando o soltar sus trastos y desaparecer de allí. El público, en cambio, empezó a gritar entusiasmado. Intuía que, por el precio de un concierto de *rock*, la organización les iba a obsequiar con el complemento de un «*show*» de lucha libre.

Un par de tipos, con camisetas de los *Lord of The New Church* —seguramente, los gorilas a los que suelen llamar humorísticamente «Servicio de Orden»—, ya trepaban por el frontal del escenario, dispuestos a aumentar la confusión, dando rienda suelta

gozosamente a sus instintos asesinos.

Antes de que llegasen a nuestra altura, extendí el brazo señalando a Zabarsky y sus muchachos, y grité con toda la fuerza de mis pulmones:

—¡Quieren boicotear el concierto! ¡Son «tecnos», son «tecnos»!

Algo parecido a un odio apocalíptico apareció en los rostros de los muchachos del Servicio del Orden y, rugiendo como los energúmenos que eran, cargaron contra los miembros de la Secta de los Mil Siglos.

En el entreacto, Bats había conseguido recuperar a Mary Lou. Vi a Spencer, enarbolando su porra, lanzarse sobre él. Un segundo después, le vi venir de vuelta, rebotado en el puño de granito de aquella Bestia.

—¿Ha visto, señor? —gritó desde el suelo sin desanimarse, sangrando a borbotones—. ¡Le he golpeado el puño con la nariz!

—¡Utiliza la porra, Spencer! —aconsejé—. ¿Es que te da lástima gastarla?

Rostro de Pesadilla y un par de los suyos corrieron hacia mí, mientras los demás se encargaban de los chicos del Servicio del Orden. Con un rápido movimiento, le arrebaté la guitarra al desconcertado solista del conjunto y me apliqué a la tarea de abrirme paso a guitarrazo limpio entre mis atacantes.

Alcancé a dos, ¡Tuaaannng!, y los demás se echaron atrás. Bats intentó protegerse, escudándose en Mary Lou, pero estaba tan pendiente de mi guitarra que no vio la porra de Spencer hasta que le hundió el tabique nasal, ¡tchunk! La chica corrió a parapetarse detrás de mí.

La confusión empezaba a ser indescriptible Los integrantes del conjunto, viendo que aquello se complicaba, intentaban volatilizarse artísticamente del escenario, pero chocaban con los refuerzos del Servicio del Orden e imponían que éstos accediesen a escena. Si para ellos era imposible huir, para nosotros también. Lanzarse en medio del público, cada vez más excitado y ansioso de unirse a la juerga, era suicida.

El único que parecía tener las cosas claras era Bats. El eterno y tozudo Bats. Levantó en vilo un amplificador de 500 watios de potencia y lo lanzó contra nosotros con la sana intención de laminarnos bajo su peso. Nos apartamos a tiempo y el aparato,

¡CRASSSSH!, se estrelló contra el suelo del escenario.

Rostro de Pesadilla me enfrentó con el bajo eléctrico abandonado por su dueño. Por un instante, tuve la visión surrealista de una lucha a acorde limpio, en la que Indiana James salía vencedor y era aclamado como el nuevo ídolo *rock* por las multitudes. Pero tuve que conformarme con alzar la guitarra y descargarla con toda mi rabia sobre aquel energúmeno.

Paró el golpe con el bajo, ¡croooock!, y ambos instrumentos saltaron hechos, pedazos. Uno de sus acólitos-montaña aprovechó la circunstancia para bajar la testuz y tomó carrera y dispuesto a hacerme saltar el estómago por la boca. Esperé, calculé, y, en el último segundo, levanté la rodilla. ¡Tchunk! Frenó en seco.

Mi rodilla quizá no se repondría en la vida, pero el cráneo de aquel fulano debió hundirse entre sus hombros. Por si acaso, le cogí del pescuezo y de la cintura, y le empujé hacia delante.

Chocó de bruces contra un amplificador.

Supongo que, con tanto golpe y tirón de los cables, se había producido algún cruce, porque brotó un fortísimo chispazo y el cuerpo del acólito quedó violentamente iluminado como un árbol de Navidad. Sus huesos se hicieron visibles como si se tratara de una radiografía y el ambiente se llenó del inconfundible olor acre a carne quemada.

El infeliz se derrumbó en el suelo, completamente carbonizado.

Del público surgió un estentóreo: ¡Ooooooh! No sé si de admiración por el maravilloso «efecto especial», o de incredulidad al descubrir lo que realmente estaba sucediendo ante sus ojos.

Tampoco tuve tiempo de averiguarlo. Lo del cortocircuito parecía haberle dado una brillante idea a Rostro de Pesadilla. Empezó a manejar un cable como si se tratase de un látigo, con la particularidad de que el cable estaba seccionado. Si su punta entraba en contacto con mi cuerpo, tendría que soportar el desfile, en fila india, de unos 2000 voltios.

Mágicamente, amigos y enemigos parecieron desaparecer del escenario, apretujándose contra el decorado.

Me gustaba más el duelo de guitarras.

Cada vez que el cable tocaba algo metálico, una cascada de chispas se derramaba a todo mí alrededor. Poco a poco, me iba acorralando contra el equipo.

Un latigazo, ¡fuooos!, avanzó un paso. Otro restallido seco, ¡Fiiiso!, la distancia entre ambos se aminoró. Un nuevo golpe, ¡flaaak!, y tropecé con un sintetizador. ¡Bloom! Caí al suelo.

Con un grito de alegría, Zabarsky echó el brazo atrás para descargar el golpe definitivo.

En ese momento, algo tembló en el escenario y empezaron a llover focos sobre nuestras cabezas.

May Lou había derribado una de las columnas de iluminación y uno de sus elementos se hizo trizas contra el hombro de Zabarsky.

No pude ver más. No, no porque nada cayera encima mío, sino porque todo quedó a oscuras.

La multitud del escenario se convirtió en un montón de sombras indiscernibles, el público rugió disconforme al ver que se les privaba de un espectáculo tan interesante y, alguno de los *punkies*, se decidieron por fin a subir al escenario. Los gritos se entremezclaron, los tropezones se generalizaron, las peleas se ampliaron y brotó un aullido agónico cuando alguien pisó el cable que había soltado Rostro de Pesadilla.

La oscuridad debió durar unos diez minutos.

Diez minutos eternos, angustiosos. Diez minutos durante los que llamé a gritos a Mary Lou y Spencer. Diez minutos que terminaron cuando una mano anónima decidió encender, en un alarde de preclara visión, las luces de emergencia del local.

Miré a mí alrededor.

Vi a Spencer enseguida. También él miraba en torno suyo.

Pero ambos lo hacíamos inútilmente. Mary Lou había desaparecido.

… Y, Ronald Zabarsky y sus acólitos, se habían esfumado con ella.

CAPÍTULO V

Spencer y yo también nos esfumamos del Roundhouse, pero por motivos mucho más materiales y propósitos mucho menos esotéricos. Si nos quedábamos allí, las explicaciones se volverían interminables, en caso de que decidieran, benignamente, darnos la oportunidad de contarlo todo.

Ya tenía al prefecto Parmentier deseando echarme las garras al cuello. No quería que el superintendente Brown, o cómo diablos se llamase el encargado del caso del «acólito a la plancha», se uniera a la caza.

Al salir al exterior, no encontramos ni rastro de la camioneta de Rostro de Pesadilla.

—¡Ésos… esos rufianes se han salido con la suya! —dedujo obviamente Spencer, lívido de rabia—. ¡Se han llevado a la señorita! Pero ¿dónde?

No teníamos mucho donde escoger.

—¿Al templo? —sugerí.

—¡Al templo! —Corroboró el mayordomo, empezando a correr hacia el «Jaguar».

Mientras lo ponía en marcha, los coches de policía empezaron a converger frente a la puerta del local. La fama de los «*punkies*» no iba a redimirse gracias a nuestra intervención. Más bien, todo lo contrario.

Spencer parecía ajeno a todo lo que no fuese su «señorita». Con la vista fija hacia delante, metió la marcha y despegó bruscamente, tomando el camino por el que habíamos venido.

Supe que algo andaba mal cuando, al llegar a la ermita, encontramos el lugar totalmente a oscuras. El único coche estacionado en las proximidades era el del pobre Angelo y no

parecía que se hubiera movido en las últimas horas.

Adoptamos todas las precauciones inimaginables, por si nos habían preparado una emboscada. Volvimos a echar mano de la ganzúa de Spencer y entramos sigilosamente en aquel lugar, más siniestro todavía, si eso era posible, al abrigo de la oscuridad. Y…

… Y no encontramos absolutamente nada.

Por no encontrar, ni siquiera encontramos al ex guaperas. En su lugar, hallamos unas cuantas manchas de sangre en el suelo y salpicaduras en las paredes. Alguna silla derribada y un par de jarrones rotos sugerían que, tras nuestra partida, en la vicaría había tenido lugar una nueva pelea. Los libros estaban esparcidos por el suelo y eso me recordó que el *Libro del Advenimiento* seguía en nuestro coche.

—¡Mierda, no han tenido tiempo de llegar aquí y largarse! ¡Nuestro «Jaguar» es más rápido que su camioneta! —exclamé, pensando que nuestras probabilidades de encontrar a Mary Lou se reducían hasta el infinito.

—Y ese… ese patán, ¿cómo ha podido desaparecer? —se extrañó Spencer, refiriéndose a Ingarra—. ¡El coche sigue allí fuera…!

—No ha desaparecido. Al menos, no lo ha hecho voluntariamente —expliqué—. Quería dejar la secta y, alguien que sabía tanto como él, era un peligro para los demás. No tengo ni idea de lo que le habrán hecho, ni me interesa. Si tengo que preocuparme por alguien, prefiero hacerlo por Mary Lou.

Salí de nuevo a la nave central, absolutamente desmoralizado. Encontrar a la chica sería más difícil que buscar la tradicional aguja en un pajar gigante.

—¿Qué hacemos ahora, señor? —preguntó el mayordomo, absolutamente seguro de que no se me ocurriría algo brillante.

No se me ocurrió.

—Quizá tengan otro Templo Secreto —aventuré—. O un refugio de emergencia, o cuenten con la casa de cualquier chiflada de la secta, o… ¡yo qué sé!

Spencer localizó el interruptor de la luz y lo conectó. Toda la estancia se iluminó con vulgares fluorescentes y estratégicos focos que evidenciaban los detalles más escatológicos de cuadros y tapices.

¡Allí tenía que haber alguna pista!

—Si el señor permite expresar una opinión… —murmuró el mayordomo levantando un dedo, como el alumno que pide permiso al maestro para ir al lavabo.

—Exprésala, Spencer. Una opinión, por descabellada que sea, es mejor que nada.

—Quizá sea una deducción desacertada, quizá mi modesta imaginación se haya desbocado por primera y única vez en mi vida, quizá mis conjeturas sean el producto de la ansiedad que…

—¡¡¡Spencer!!! —grité, exasperado.

—¿Sí, señor?

—Al grano, Spencer. Por favor… —terminé suplicando.

—Bien, en tal caso… ¡creo que han ido a Stonehenge!

—¿A Stonehenge? —repetí, sin saber si era él o yo quien deliraba.

—Perdone por mi atrevimiento, señor, pero ¿se ha fijado en esas piedras?

Y señaló a los círculos de piedras en torno al altar, que antes me habían intrigado. Los que eran similares a los de Cannes, los que estaba seguro de conocer, los que me recordaban algo muy familiar…

—¡Dioses, hay que ser imbécil! —me grité a mí mismo—. ¡Vamos, Spencer!

Minutos después, estábamos a bordo del «Jaguar», volando por la autopista del suroeste en dirección a Salisbury.

Porque cualquier inglés, cualquier turista, cualquier niño de colegio, sabe que Stonehenge es una gran construcción megalítica, levantada unos 2000 años antes de JC. Un lugar del que se dice que es un observatorio astronómico, la tumba de Merlín, el famoso mago de la Mesa Redonda, un antiguo templo druida, y mil cosas más.

Y aquellos pedruscos con los que había tropezado un par de veces…

… Eran una reproducción en miniatura de Stonehenge.

Tuve que reprimir las ganas de abofetearme por no haberlo comprendido antes. El altar, el eje central de sus ceremonias y sacrificios estaba *dentro* de los círculos de piedras, en medio de lo que representaba el verdadero templo de aquellos dementes, el lugar sagrado al que normalmente no tenían acceso por ser parte

del patrimonio turístico y cultural británico. Un lugar que, en un caso extremo, sí podían utilizar por una sola noche. Les bastaba con reducir a media docena de guardias desarmados.

No estaría de más comprobar algunos datos. Quizá en el *Libro del Advenimiento*…

Un pie de imprenta casi ilegible, en la última página, lo fechaba en el año 1685, «El Año de la Última Derrota».

Faltaban algunas páginas del principio, pero las que quedaban eran suficientemente explícitas. El anónimo redactor había vertido en su obra, mucha más imaginación de la que jamás dispondrán los más renombrados autores de ciencia-ficción. Hablaba de la llegada del «Amo de las Tinieblas», de su lucha contra los que se negaban a aceptarlo como Dueño y Señor, de su inesperada derrota y de la promesa de su vuelta.

Más adelante, el texto empezaba a hacerse más críptico, como se supone que ha de ser un libro para «iniciados». Cuantos menos sean los que comprenden su significado, más sensación de importancia se tiene:

> «… Al conjuro de la sangre, él acudirá; al conjuro del mal, él acudirá; al conjuro de la obscenidad, él acudirá. Y lo hará en toda su gloria y esplendor, cuando el sol esté en su apogeo…».

Hice una pausa, dudando.

—Hoy es miércoles 19, ¿no, Spencer?

—Lo siento, señor. Hoy es jueves 20. De junio.

—O sea —dije, hablando para mí mismo— que cuando salga el sol mañana, entraremos en el solsticio de verano…

—Exactamente, señor —contestó Spencer con la mirada fija en la autopista y sorprendiéndome, una vez más, con una erudición que no le suponía—. El día del año en que el sol se halla más alto sobre el Ecuador… ¿Por qué lo pregunta, señor?

—Por nada, Spencer. Simple curiosidad.

Juzgué oportuno no alarmarle. Bastante lo estaba yo. Aquel libro era obra de algún demente, eso era evidente, Y resultaba que lo habían leído otros dementes…

… Y lo habían tomado en serio.

Me obligué a seguir leyendo. Pasé por alto un buen número de páginas dedicadas a invocaciones místicas y ceremonias estrambóticas que hubieran desteñido a un negro.

La parte histórica relatada, desde un punto de vista particular y muy «*sui generis*», empezaba en el año 2000 antes de JC., la fecha de la construcción de Stonehenge y comentaba los intentos del «Amo» de volver. Todos frustrados, claro.

> «*… Con el paso de los años, dagas y flechas horadaron los corazones de los traidores, hasta que toda su sangre fue vertida y su semilla borrada de la faz de la Tierra.*
>
> *»Al fin había llegado el Año del Advenimiento y, sin embargo, los cálculos erraron.*
>
> *»Tres veces treinta días estuvo sir Whortingale curando en una cueva sus heridas, para reaparecer el día del Solsticio y verter su furia traidora en nuestros hermanos que preparaban la Venida. Y El entró en cólera.*
>
> *Y El negó su propio Advenimiento hasta que la última sangre del canalla fuese vertida* y *exterminada su estirpe. Porque El es Amo de muchos mundos y…*».

—¡*Sir* Whortingale, qué estupidez! —susurré, harto de tanta palabrería—. ¿Por qué no el Rey Arturo y sus caballeros?

—El Rey Arturo sólo es una leyenda, señor… —apuntó el mayordomo al oírme.

—Ya lo sé, Spencer —respondí pacientemente—. ¡Y *sir* Whortingale, también! Todo esto no es más que un conjunto de fábulas y cuentos chinos.

—¡Oh, no, señor! Si me permite la puntualización, Whortingale es uno de los títulos de la familia Foxworth.

—¿Quééééééé?

El libro se me cayó al suelo. Aquel alucinante rompecabezas empezaba a tomar sentido.

—Así es, señor. Y perdone el sobresalto —siguió el mayordomo —. La abuela de *lady* Eileen, en paz descansen ambas —pausa—,

era la única hija del conde Worthington. Ahora, el título pasará a la señorita Mary Lou, junto a los demás…, aunque desearía que fuera más capaz de llevarlo con dignidad, al igual que su apellido.

—Spencer —murmuré entre dientes—. ¡Acelera!

—Pe… pero, señor… Vamos a la máxima velocidad, ciento veinte millas por hora.

—¡Acelera, Spencer, o Mary Lou se quedará sin dignidad y sin sangre para llevar ningún título!

Todo coincidía. La fecha: el 21 de junio. La obsesión de la secta: o *lady* Eileen, o Mary Lou.

Las únicas personas en el mundo que llevaban en sus venas rastros de sangre Whortingale.

Zabarsky y su pandilla de acólitos iban a sacrificarla en nombre de una fantasía, de un sueño, de una alucinación, de una insana locura.

Amparándose en la estructura puramente «comercial» de Angelo Ingarra, habían atraído a Eileen Foxworth y controlado a Mary Lou. Primero, por medio del propio Angelo. Después, en vista de su fracaso, por medio de Bats, al que seguramente habían comprado.

Por eso provocó la pelea cuando aparecí en casa de los Foxworth. Tras el episodio de Cannes, y al no leer noticia alguna sobre mi detención «en el lugar del crimen», debían haberle advertido sobre mí. Pensó, alegremente, que mataba dos pájaros de un tiro: me dejaría tullido para el resto de mi vida y ganaba puntos ante sus jefes.

A la una en punto de la noche, llegábamos al final de la autopista, a la altura de Winchester. Recorrimos un corto trecho hacia el norte por una carretera nacional y nos desviamos enseguida por otra de segundo orden, hacia Salisbury.

Spencer no levantaba el pie del acelerador y el coche vibraba, amenazando con saltar en pedazos de un momento a otro.

Quince millas más, el último esfuerzo para el «Jaguar» —al que tendríamos que dar un mes de vacaciones— y dejamos el pueblecito de Salisbury, tomando el camino que se internaba en la llanura. Hacia Stonehenge.

El camino quedaba interrumpido por una valla, junto a la que se encontraban un par de casitas. Presumiblemente, las de los guardas. La valla estaba cerrada y grandes carteles advertían que, aquél, era

un monumento nacional y que el acceso al recinto estaba rigurosamente prohibido fuera de las horas de visita.

El momento adecuado para Rostro de Pesadilla. El aviso adecuado que ignoraría.

Spencer frenó y bajé del coche para intentar abrir la valla. Me bastó con empujarla. Tenía un candado, pero alguien lo había forzado. No me sorprendió que la puerta de una de las casitas estuviese abierta. Dentro, debían estar los guardias. Amordazados, o muertos.

Un vago rumor me hizo girar la cabeza.

En principio, creí que se trataba de los ecos de la ceremonia que debían estar realizando y sentí un escalofrío, pero las ciclópeas piedras de Stonehenge apenas se entreveían en la distancia. Más cerca, algo o alguien avanzaba hacia nosotros en la oscuridad. Cuando pude distinguirlo, la carne se me puso de gallina: era un frente constituido por quince o dieciséis humanos —¿humanos?—, espectros desgreñados de miradas alucinadas y movimientos espasmódicos, tambaleantes, inexorables.

Sonó la bocina del «Jaguar». Me volví justo a tiempo para ver otro grupo de acólitos, surgiendo de las cunetas, avanzando hacia el coche.

Spencer perdió el control. En vez de utilizar el vehículo para embestir aquellas apariciones de pesadilla, se dejó dominar por el pánico e intentó salir de él, escapar, alejarse de la amenaza.

Abrió la puerta, pero ya era demasiado tarde. Dos de aquellas grotescas parodias de seres humanos, estaban demasiado cerca. La puerta les golpeó con violencia, pero apenas se movieron. Siguieron caminando, imperturbables, cerrándola con su empuje, obligando a Spencer a retroceder de nuevo al interior.

El mayordomo empezó a subir los cristales del «Jaguar» a toda velocidad, gimiendo de terror. Las uñas de sus atacantes rascaron el vidrio furiosa, repetidamente, como si pudieran rasgarlo, atravesarlo, llegar hasta su víctima, impotente y sitiada.

—¡Están muertos, señor! —gritó Spencer, al borde de la locura —. ¡Son cadáveres andantes!

—¡No! —respondí—. ¡Están drogados! ¡Los han drogado y dado instrucciones para que nadie se acerque a las piedras!

Los seguidores de Zabarsky se detuvieron un instante, girando

sus cabezas hacia mí, reparando en mi presencia. Como si hubieran comprendido que les esperaba más trabajo, empezaron a golpear el «Jaguar», destrozando los cristales a puñetazos. La sangre empezó a brotar de sus manos y brazos, ante su total indiferencia.

El primer frente de acólitos ya estaba a pocos metros de mí. Unos segundos más y estaría demasiado ocupado para acudir en ayuda de Spencer. Tomé aire, lo retuve en mis pulmones y, gritando como un poseso, cargué contra los sitiadores del coche.

Sentí el impacto de una carne rígida como la piedra contra mi cabeza y rodé aturdido por el suelo. Aquella especie de zombies consiguieron mantener el equilibrio, pero se vieron desplazados, el espacio y tiempo necesarios, para que Spencer abandonase rápidamente su inútil refugio.

Cuatro de aquellos monstruos cayeron sobre mí, antes de que pudiese levantarme y me sujetaron por brazos y piernas…

… y empezaron a estirar de ellos.

Intenté patalear, sintiendo cómo toda mi piel se impregnaba de un sudor helado, pero su fuerza era descomunal y parecían dispuestos a descuartizarme.

Por un instante, creí que lo conseguirían. Les oía jadear y sus jadeos sonaban como risas ahogadas.

Quizá reían.

Por fortuna, Spencer me devolvió el favor. Acudió con su porra golpeando como un poseso a mis verdugos. Primero, me liberé un brazo; después, una pierna. Con un punto de apoyo, reuniendo hasta el último átomo de mis fuerzas, lancé golpes a diestro y siniestro hasta que los supervivientes terminaron por aflojar su presa.

El mayordomo se colocó inmediatamente a mi lado:

—Tienen… tienen la piel fría, señor. ¡Seguro que son…!

—¡Basta, Spencer! ¡Sólo es una hipotermia causada por las drogas! —grité, mientras me sacaba a uno de encima con un puñetazo que le dejó la barbilla colgando a ambos lados de la cara.

Otros dos se apresuraron a tomar el relevo de su compañero. Pude apartar a uno de una patada, pero el segundo me derribó de nuevo y empezó a hacer presión contra mi cuello. Abrió la boca lanzando un rugido de gozo y llegó hasta mí una vaharada de aliento fétido, donde se mezclaban olores de tierra húmeda y

madera carcomida.

Tuve una visión fugaz de Spencer, antes de que desapareciese bajo una maraña de cuerpos que pugnaban por llegar hasta él con los brazos extendidos y, las manos, abriéndose y cerrándose espasmódicamente.

Alcé un brazo y luché por sacarme a aquel engendro de encima: le desgarré una oreja, le arranqué puñados de pelo, aplasté furiosamente su nariz, pero no conseguí que demostrase la más mínima muestra de dolor. Al contrario, parecía reírse con carcajadas salvajes, en un paroxismo de satisfacción y deleite.

Y llegaron más, y más, y más…

Y, al borde de la inconsciencia, nos transportaron hacia las piedras de Stonehenge…

… Hacia el lugar donde se celebraba la ceremonia…

… De la que, con toda seguridad, íbamos a formar parte.

Capítulo VI

En Stonehenge se celebraba una fiesta.

Y por todo lo alto.

Las piedras del complejo megalítico: menhires, dólmenes, cromlechs y trilitos, parecían flotar sobre una bruma densa y blancuzca.

El amplio perímetro delimitado por los círculos que llamaban sagrados, se había convertido en el escenario de un aquelarre inconcebible. Medio centenar de personas en trance, daban rienda suelta a un frenesí propio de esquizofrénicos.

La mayoría estaban completamente desnudos, pero ocultaban su rostro bajo máscaras hechas con las cabezas disecadas de los más variados animales. Podían verse lobos violando gacelas, toros cubriendo yeguas y un macho cabrío agitándose rítmicamente sobre un tipo obeso que llevaba en la cabeza un remedo de mitra papal.

Los acólitos nos condujeron a través de aquel Carnaval de Dementes, hasta llegar frente a Ronald Zabarsky y Amanda Nosequé, o Rostro de Pesadilla y La Dama del Candelabro.

Apenas pudimos entrever a Mary Lou, desnuda, sobre una piedra dispuesta a modo de altar y atada a cuatro escarpas clavadas en la misma roca, con sus brazos y piernas formando una cruz. Parecía narcotizada.

—¡Asquerosos canallas! —gritó Spencer, temblando de ira y sin inhibiciones—. ¡Sucia ralea de patanes…! ¡Pagaréis por esto, la Reina os castigará!

Sólo le contestaron las carcajadas.

Zabarsky ordenó a sus hombres que nos ataran a uno de los menhires. Necesitaron casi medio kilómetro de cuerda, pero Spencer y yo, terminamos, codo con codo, amarrados a aquella

reliquia de tiempos pretéritos.

El mayordomo boqueaba aterrado, casi sin respiración. Yo luchaba para que el horror que agitaba mis entrañas como una furiosa tempestad, no asomara a mi rostro. No estaba dispuesto a darle esa satisfacción a Rostro de Pesadilla.

Intentar razonar con él, sería inútil. Lo supe en cuanto se acercó a nosotros y pude ver su rostro con claridad.

—¡Maldito seas, has intentado impedir el Advenimiento! —me gritó con ojos de loco—. ¡Has osado cruzarte en Su camino!

Conseguí encontrar… agallas, donde él suponía que ya no quedaban:

—Al menos, espero que tu Amo no sea tan feo como tú. Entre los dos, asustaríais al psiquiatra de la prisión…

La Dama del Candelabro vengó la afrenta, abofeteándome furiosa:

—¿Qué sabes tú, ignorante? ¡La falta de fe es tu peor pecado! ¡Eileen Foxworth también dudaba y por eso murió…! ¡Ella vio al Amo y no pudo soportarlo!

—¡Pero tú no Le verás, es un privilegio que no mereces! —aulló Zabarsky, tomando el relevo. Parecían tenerlo perfectamente ensayado—. Tu suerte será la suerte de los traidores. Morirás sin presenciar la Venida.

Dio media vuelta e hizo una señal a uno de sus acólitos. Éste desapareció tras una de las rocas.

En la breve pausa, un Spencer demudado me susurró al oído:

—¿Es mucha presunción…, hum, suponer que ha pensado en alguna manera para salir del apuro, señor…?

No necesité responderle. Mi expresión habló por sí sola.

Un segundo después, el acólito regresaba acompañado por tres de los suyos, arrastrando la sombra de lo que en tiempos había sido un *gigoló* de primera clase, Angelo Ingarra.

Las ropas le colgaban a jirones, la piel estaba sembrada de marcas de latigazos y, en la punta de los dedos de sus manos y pies, se veían costras de sangre donde hubiera debido tener uñas.

Le habían torturado larga, paciente, salvajemente.

La expresión de su rostro sugería que, alcanzado el límite humano de terror y dolor, se hallaba en otro mundo, en otra dimensión de la consciencia donde nada podía seguir hiriéndole.

Y, tras él, llegó otro viejo conocido: Bats.

Pero él no se arrastraba. Enarbolaba una sierra, una sierra mecánica.

—¡Dios mío! —gimió Spencer, al ver que la ponía en marcha.

Como si se tratase de una macabra representación teatral en nuestro honor, Zabarsky invitó con gesto ceremonioso al artista, a que empezase su «obra».

Con un gesto displicente, Bats trazó un arco en el aire con su herramienta. Un arco que incluía la pierna de Ingarra.

El acero mordió la carne, suave, levemente, sin profundizar, como si fuera una simple demostración de su capacidad. El rostro de su capacidad.

El rostro idiotizado del *gigoló* acertó a mostrar una expresión de asombro, cuando miró estúpidamente su pierna. La sangre empezó a brotar, incontenible, y a deslizarse por la carne hasta el suelo.

No sé lo que pasó por su mente en aquellos momentos, pero desvió su vista hacia Bats, volvió a mirar su pierna, otra vez a Bats y una chispa de comprensión pareció brillar en sus ojos, antes de lanzar un aullido, un aullido eterno y desgarrador que se sobrepuso al bramar de la motosierra.

Un instante después, falló su pierna herida y se desplomó pesadamente al suelo.

Los alucinados celebrantes de la ceremonia empezaron a acudir, curiosos, expectantes, sedientos de sangre.

Un nuevo pase de la sierra mecánica mordió el estómago de Ingarra… No con la suficiente profundidad para matarle, pero sí como para dejar parte de sus vísceras al descubierto, una masa sanguinolenta que parecía agitarse con vida propia.

Afortunadamente, el interés de los espectadores al reunirse en torno al *gigoló*, nos impidió seguir presenciando aquella obscenidad. Spencer vomitó a mi lado y yo tuve que apretar las mandíbulas para no imitarle.

Zabarsky y la Dama del Candelabro apenas habían prestado atención. Para ellos, el verdadero espectáculo eran nuestros rostros.

Los acólitos se apartaron para dejar paso a un Bats sonriente, enloquecido, con una expresión de éxtasis y las ropas empapadas en sangre.

Había terminado con Angelo Ingarra. Ahora…

… *Ahora, nos tocaba a nosotros.*

Rostro de Pesadilla le detuvo con un gesto:

—Éste es un placer que me está reservado.

Tomó la sierra mecánica.

Tironeé desesperado de las cuerdas, intentando romperlas. En vano.

—Tu agonía será lenta, infiel —anunció Zabarsky—. Te despedazaré, miembro a miembro.

Se formó un corro a nuestro alrededor. Nadie, ninguno de aquellos subnormales atiborrados de droga y fanatismo, querían perderse la nueva atracción del Carnaval de los Dementes.

Rostro de Pesadilla sopesó la sierra mecánica con deleite. La movió a un lado y a otro, calibrando su alcance, su poder, antes de alzarla por encima de su cabeza. Le temblaron los brazos, el aparato parecía demasiado pesado para él.

Quizá existiera una posibilidad.

Si fallaba el golpe…

No falló.

Pero, en el mismo instante en que la muerte descendía sobre mí, desplacé mi cuerpo hacia un lado.

La hoja dentada arañó la roca con un estallido de chispas… y cercenó la cuerda que nos sujetaba.

—¡Ahora o nunca, Spencer! —grité, lanzándome contra Zabarsky.

Le empujé con todas mis fuerzas, mientras concentraba en mis puños toda la rabia acumulada. La motosierra salió despedida por los aires, abriendo un sendero de sangre y dolor entre los acólitos, cortando, seccionando, devorando miembros y vísceras.

Era nuestra única esperanza, así que me olvidé de Rostro de Pesadilla y me apoderé de ella en el mismo momento en que se estrellaba contra el suelo.

Spencer y yo nos encontramos en el centro de un círculo formado por los miembros de la secta. Un círculo amplio, respetuoso. Nadie se atrevía a acercarse.

Excepto Bats.

Con los ojos inyectados en sangre, con una furia homicida escrita en su rostro, dio un paso adelante.

Yo levanté la sierra hacia él…

… Y el motor empezó a toser con un estertor inquietante.

¡Flop, flop, flop!

Parecía a punto de detenerse y Bats lo interpretó así. Tomó impulso y saltó sobre mí.

Moví la motosierra en el aire para parar la embestida y le golpeé de plano, pero Bats se revolvió…

… Y su cabeza saltó por los aires, como impulsada por el chorro de sangre que brotó de su cuello.

La figura decapitada se mantuvo unos segundos en pie, temblando incontroladamente y terminó cayendo de bruces.

Los acólitos que estaban a nuestra espalda iniciaron un movimiento, pero me giré hacia ellos y retrocedieron.

Nos temían.

Se mantenían a una distancia prudente, cortándonos el paso, pero sin atacar.

Zabarsky rugía de rabia e impotencia, incitando a los suyos:

—¡Acabad con ellos! ¡Matadles! ¡Mostradles la ira de los Siervos del Amo!

Ninguno se atrevió a emular a Bats.

Con Spencer pegado a mi espalda, empecé a avanzar hacia donde se encontraba Mary Lou, manteniendo siempre la misma distancia con los hombres que nos acosaban.

Rostro de Pesadilla sacó una daga de plata y la enarboló en el aire. Por un momento, creí que iba a atacarnos, pero no lo hizo. Había comprendido mi intención y corrió en dirección al altar, gritando:

—¡La Mano del Amo os aniquilará! ¡El acudirá al reclamo de la sangre!

—¡Va a matar a la señorita! —oí gemir a Spencer.

Fui tras él, moviendo la motosierra en todas direcciones para evitar que me cortaran el paso.

Zabarsky ya se encontraba entre la bruma, inclinándose sobre el cuerpo de Mary Lou, con los brazos alzados al cielo, musitando cualquier estúpida invocación. En una mano, llevaba el puñal; la otra, la movía crispadamente, haciendo extraños signos cabalísticos en el aire.

La sierra mecánica volvió a toser torpemente.

Y se paró.

Y los acólitos no tardaron ni una fracción de segundo en darse cuenta. Media docena de ellos se colgaron de mi cuerpo, arañando, mordiendo, pegando patadas, puñetazos…

Usé la empuñadura del aparato para golpear a derecha e izquierda. Spencer no podía ayudarme. Tenía su propia ración de sectarios.

Estábamos a unos cinco metros del altar.

… Cuando el brazo armado de Zabarsky empezó a descender para asestar el golpe portal.

Sólo podía hacer una cosa. Di media vuelta y lancé la sierra mecánica con todas mis fuerzas.

El aparato chocó con las piernas de Zabarsky y le hizo perder el equilibrio, pero el puñal rasgó la piel de Mary Lou a la altura de la cadera…

… *Y su sangre empezó a manar.*

CAPÍTULO VII

De repente, la bruma pareció hacerse más densa más espesa, más oscura; pareció arremolinarse bajo el impulso de un viento gélido y cortante; pareció tomar caprichosas formas, móviles, cambiantes; pareció adquirir entidad propia, vida…

Todos nos quedamos mirando boquiabiertos aquel fenómeno extraño, fuera lo que fuese.

Luego, primero Zabarsky, después la Dama del Candelabro, y por último, el resto de las acólitos, cayeron de rodillas. Según ellos, el Advenimiento se había producido, ya no tenían nada que temer, el Amo les protegería, les sostendría, les ayudaría…

La que sí estaba necesitando ayuda era Mary Lou. Y Spencer reaccionó antes que yo.

Corrió hacia el altar y, quitándose la chaqueta de *cockney* de principios de siglo, tapó a Mary Lou.

Haciendo un alto para recoger el puñal de Zabarsky, me coloqué junto a él.

—¡Maldita sea, Spencer! —grité, apartando la chaqueta—. Cada cosa a su tiempo y éste no es para tonterías mojigatas, ¿no ves que se está desangrando? ¡Quítate la camisa, hemos de tamponar la herida!

El corte de la chica no era muy profundo, no creía que afectase a ningún órgano vital, pero sangraba a borbotones. Mientras Spencer intentaba tapar la herida con una suavidad exagerada, corté las ligaduras que la unían a la piedra.

Con aquel puñado de histéricos postrados ante su «Amo», despreocupados de todo lo que no fuera una demostración de respeto y reverencia, pensé que no tendríamos problemas para huir.

Supe que me equivocaba cuando oí un gemido horrorizado a mis

espaldas, un gemido cuyo registro superaba ampliamente el estadio del pánico.

Me volví. Y allí, a pocos metros, creí distinguir algo bulboso entre la bruma, algo traslúcido y ominoso que pendía en el aire entre las masas de niebla, rematado por dos glóbulos rojizos, fríos, despiadados, enfocando toda la maldad del mundo sobre nosotros.

¡Debía estar volviéndome loco, o el ambiente propiciado por aquella maldita secta del Culto a los Mil Siglos empezaba a hacer mella en mí!

Jirones de bruma parecieron desgajarse del bloque principal y se extendieron hacia nosotros como tentáculos fantasmales. Era imposible, lo sé, pero creí sentir un tacto viscoso en la piel; un aura de malignidad envolverme suave, pero firmemente; un frío intenso, inhumano, penetrar en todo mi cuerpo.

Me eché al hombro a la inconsciente Mary Lou y empecé a correr. Spencer me imitó un micro-segundo después.

El peso de la chica y el cansancio hacían que mis pulmones ardieran como brasas, pero, cada vez que intentaba aspirar, sentía que el aire se negaba a entrar en mí, a oxigenarme, a darme las fuerzas necesarias para escapar de aquella pesadilla.

Trastabillando, avanzamos a través de las piedras, entre los dementes que seguían arrodillados, estremecidos de fervor, llenos de confianza en sus asquerosas creencias.

Apenas me di cuenta que Spencer había tomado el relevo y cogido a Mary Lou en sus brazos. Caí de rodillas agotado, incapaz de dar un solo paso más.

Y cometí un último error…

… Me volví hacia Stonehenge.

La masa brumosa seguía cambiando de forma en manos del viento y, debido a mi estado, creí ver que perdía y ganaba consistencia, intermitentemente, hasta formar una especie de boca. Aquella boca sugería rabia y frustración, impotencia y una incontenible sed de venganza.

Y a su alrededor, aquí y allá, empequeñecidos en contraste con las gigantescas piedras del complejo megalítico; insignificantes y miserables, Zabarsky y los suyos permanecían arrodillados, mostrando incondicional sumisión a su «Amo».

No sé cuánto tiempo pasó, quizá una eternidad, hasta que

Spencer me sacó de la hipnosis producida por aquella visión, tirándome de la manga. Corriendo, gateando, casi arrastrándonos, logramos recorrer los pocos cientos de metros que nos separaban del «Jaguar».

Desde allí, antes de salir disparados, aún pude ver un fulgor de *flashes*, seguramente relámpagos, al tiempo que el viento nos traía el eco de un coro de chillidos desgarrados.

—El Amo, que les está pegando una bronca… —expliqué a un Spencer que no estaba de humor para aceptar una broma.

EPÍLOGO

Se dijeron muchas cosas sobre lo ocurrido en Stonehenge.

Policías y periodistas, coincidieron en que se trataba de una repetición idéntica, excepto en los detalles mínimos, del suicidio masivo y ritual de todos los miembros de la secta religiosa del «reverendo» Jones, en Guayana.

Esta hipótesis estaba basada en los cadáveres encontrados al día siguiente… unos muertos por asfixia, otros por heridas múltiples, otros más mutilados y, los menos, desangrados. Naturalmente, ni Spencer, ni yo, acudimos a ningún organismo con la información que poseíamos. Sólo habría servido para crear confusión y, tal vez, para adquirir una sólida reputación de lunáticos, maníacos, o quién sabe qué apelativo.

—¡… Pero a mí, sí tenéis que decírmelo! —exigió Mary Lou, dos días después, cuando ya empezaba a cicatrizar su herida—. No recuerdo nada. Me dejaron *O. K.* en cuanto salimos del Roundhouse. ¿Qué pasó de verdad?

—Te llevaron a Stonehenge y nosotros te rescatamos. Eso es todo —contesté impertérrito.

Pero no me creyó. Al menos, no del todo.

—Bueno, de todas formas, tú me rescataste. ¡Tío, parece una novela del siglo pasado!

—¿Y por qué no una novela de este siglo? —contraataqué.

—Fácil. Porque las novelas de este siglo, tienen un final distinto. El chico salva a la chica y después… Bueno, ya lo sabes, ¿no…?

—Se enamoran, se casan, y…

—¿Quién habla de todas esas tonterías? —se asombró ella—. ¡Ves al grano, Montana!

Me hice el loco.

—No sé… ¡ejem…!, no sé a lo que te refieres…

Lo sabía, claro. Pero la obligué a explicármelo palabra por palabra y gesto por gesto. Y con esto, obvio el tema, dando muestras de una discreción que Spencer aprobará, si algún día lee esto, seguro.

Fue con el mayordomo, evidentemente, con quien más hablé del asunto:

—¿Lo ves? —le dije, cuando contemplamos un reportaje televisado del suceso—. Tenían toda clase de aparatos para producir efectos especiales, escondidos entre las piedras. En eso se gastaban el dinero que rendía Angelo Ingarra y los que eran como él. Zabarsky y su amiguita lo prepararon todo para engañar al grueso del grupo. Hoy día, se hacen maravillas con el láser y cosas parecidas…

—Si me permite expresar mi opinión, señor… —Hizo una absurda pausa en espera de mi segura aprobación—. Zabarsky creía fielmente en su delirio.

—Entonces, no hubiera preparado todos esos aparatos…

—Lo hizo por si algo fallaba, señor. *Pero no falló nada. Yo lo vi todo*. Cuando la señorita Mary Lou empezó a sangrar, apareció esa *cosa.*

—El momento exacto en que el encargado de los efectos especiales puso en marcha su equipo. Lo demás fue cosa de nuestra imaginación, del ambiente, de la tensión…

—No quiero decir que exista ese «Amo de las Tinieblas», señor. Pudo ser un vampiro espacial, un ser de otro mundo, de otra dimensión, quizá.

—Sólo fue un poco de bruma movida por el viento, Spencer. Sólo eso.

De alguna manera, con el transcurrir del tiempo, acabé convencido de mis propias palabras. Quizá porque prefería seguir viviendo tranquilo.

Pero, días después, leí una noticia en una revista, que me dejó sin habla. Una noticia completamente intrascendente, que hablaba de un apagón general en Cannes, un apagón de dos horas… justo las que debió durar la ceremonia en la villa de Eileen Foxworth.

Y recordé que la casa estaba a oscuras y que el timbre no sonó cuando lo pulsé…

… Y la pregunta que me hago desde entonces, es: ¿cómo pudieron funcionar aquellos aparatos que encontré en el sótano, si no había electricidad?

Para conocer una respuesta segura, habrá que esperar cien años, habrá que esperar hasta el Solsticio del día 21 de junio del 2085.

Pero, para entonces, ni ustedes ni yo estaremos vivos para averiguarlo.

Es un consuelo, ¿verdad?

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del
TBO,
se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraida de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] Ver número 2 de esta misma colección: El diente de perro. <<